

# LUCHANDO

POR

*Ella*

AUTORA DE BEST SELLER EN USA

# AMY BRENT

# LUCHANDO

POR *Ella*

AUTORA DE BEST SELLER EN USA

# AMY BRENT



1º Edición Agosto 2020

©Amy Brent

**LUCHANDO POR ELLA**

Título original: Fighting for Her

©2020 EDITORIAL GRUPO ROMANCE

©Editora: Teresa Cabañas

[tcgromance@gmail.com](mailto:tcgromance@gmail.com)

Esta es una obra de ficción. Nombres, caracteres, algunos lugares y situaciones son producto de la imaginación de la autora, y cualquier parecido con personas, hechos o situaciones son pura coincidencia.

Todos los derechos reservados. Bajo las sanciones establecidas en las leyes, queda rigurosamente prohibida, sin autorización escrita del copyright, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier método o procedimiento, así como su alquiler o préstamo público.

**Gracias por comprar este ebook**

# Índice

[CAPÍTULO 1](#)

[CAPÍTULO 2](#)

[CAPÍTULO 3](#)

[CAPÍTULO 4](#)

[CAPÍTULO 5](#)

[CAPÍTULO 6](#)

[CAPÍTULO 7](#)

[CAPÍTULO 8](#)

[CAPÍTULO 9](#)

[CAPÍTULO 10](#)

[CAPÍTULO 11](#)

[CAPÍTULO 12](#)

[CAPÍTULO 13](#)

[CAPÍTULO 14](#)

[CAPÍTULO 15](#)

[EPÍLOGO](#)

[Si te ha gustado esta novela también te gustará](#)

# CAPÍTULO 1

## **Fiona Cassidy**

Aunque parezca de locos, creo que Kyle quería que lo pillara follando con Wendy Lowenstein en nuestra propia cama aquella noche. Sabía que yo llegaría después de las diez. Era como si todo estuviera planeado solo para ver mi mirada de sorpresa y mi cara de asco.

Wendy era la jefa de Relaciones Públicas de la empresa de Kyle, Cassidy Event Management. Una pelirroja bajita, de tetas grandes y expectativas pequeñas, que habría saltado de un puente si Kyle le hubiera dicho que lo hiciera. Era guapa, aunque iba siempre demasiado maquillada; de ojos azules y labios gruesos, que mojaba con la lengua todo el tiempo, especialmente cuando Kyle estaba en la misma habitación.

Resultaba muy triste lo patéticamente colada que estaba por mi marido. Por supuesto, Kyle era apuesto; alto, se mantenía en forma, tenía un bonito cabello rubio arena, tez bronceada, brillantes ojos verdes y una preciosa sonrisa que, en los viejos tiempos, hacía que me derritiera. Parecía más un surfista vestido de Armani que el director general de una multimillonaria empresa dedicada a la organización de eventos. Y la mayoría de las veces, actuaba de esa manera.

También era un verdadero seductor, demasiado cuando se trataba de mujeres con las que quería acostarse. Kyle se autoproclamó como un experto dando abrazos. Si eras mujer, encontraba una razón para tocarte el brazo o ponerte la mano en la espalda. Te abrazaba cuando entrabas en la habitación y te abrazaba cuando te ibas. A veces, el gesto duraba demasiado como para ser simple cordialidad. A mí solía abrazarme así. Y yo solía disfrutarlo. Ahora, en cambio, no. Encuentro sus abrazos repulsivos.

Lo más chocante de pillarle con Wendy fue que ella no encajaba en su tipo. Wendy era bajita, no estaba delgada y era la típica persona ansiosa por complacer. Todas las mujeres con las que me había engañado, al menos las que yo conocía, eran altas y delgadas, de pelo rubio y ojos azules, como yo. Tal vez mi magullado ego asumía que yo establecía el estereotipo de las chicas con las que Kyle se acostaba. Tal vez el hecho de que se parecieran a su esposa era solo una coincidencia. O, tal vez, nunca tuvo un tipo de mujer en concreto. Quizá se había abierto camino entre las rubias altas y, ahora, estaba pasando a las pelirrojas gorditas.

No me sorprendió lo más mínimo que Wendy se acostara con mi marido. Se lo habría follado en la plaza del pueblo al mediodía si él quisiera. Ella, literalmente, babeaba cuando Kyle la miraba. Prácticamente tenía tatuada en la frente la palabra «utilízame», al menos en lo que respectaba a Kyle. Siempre sentí un poco de lástima por ella, hasta que la encontré tirándose a mi marido en mi casa, en mi cama.

No me habría molestado tanto si se lo hubiera montado con Wendy en su despacho,

apoyando su gordo trasero sobre su escritorio, pero la trajo a mi casa, le quitó la ropa y se la folló en mi cama. Hace mucho tiempo que dejé de importarme que Kyle follase con otras, era un hecho que había asimilado ya, pero tenía que respetar ciertos límites si esperaba que siguiese casada con él. Y mi casa estaba fuera de ellos.

Kyle sabía que iba a asistir a esa cena benéfica con sus padres —su propia empresa la patrocinaba—, que terminaría sobre las diez y que me iría directamente a casa, por lo que llegaría a las diez y media como muy tarde.

Debí suponer que algo pasaba cuando vi a ese babuino de Danny O'Shea frente a nuestro edificio, fumando con el portero. Kyle no era capaz ni de ir a cagar, a menos que supiera que Danny vigilaba. Desde luego, su vida no estaba en peligro. No era ningún mafioso, por el amor de Dios, aunque a veces creo que se imaginaba a sí mismo como tal. Su serie favorita era *Los Sopranos*. Adoraba a Tony Soprano; el mafioso asesino, tramposo, despiadado y fornido que hacía lo que quería a quien quería, sin importarle las consecuencias. La idea de hacer lo que quisiera, sin tener que rendir cuentas, fascinaba a Kyle.

—Imagínate el vivir sin preocuparse por las repercusiones de tus actos —me dijo una vez mientras veíamos la serie en la cama, después de una ronda de sexo a medias—. ¿No sería genial?

Esa fue su manera de decirme que yo era una repercusión. Yo era la única ante la que respondía, aunque ya no lo hacía mucho. No le importaba lo que yo pensara, siempre y cuando mantuviera las apariencias y no malgastara su fortuna familiar.

La diferencia entre Tony Soprano y Kyle Cassidy era que Tony Soprano era un gánster y Kyle no. Aunque ambos coincidían en algo: no tenían corazón.

Danny O, como Kyle llamaba a su gorila, no me dijo nada cuando salí de la limusina y esperé a que el portero me abriera la puerta para entrar. Danny había sido luchador profesional y su cara lucía las marcas y cicatrices de la docena de años que había pasado peleando contra otros hombres tan grandes como él. Su frente colgaba sobre sus ojos, como la ceja de un cavernícola. La nariz se la habían roto numerosas veces, por lo que en el puente tenía un chichón y la punta se inclinaba extrañamente hacia la derecha. Su oreja derecha había sido tan golpeada que, ahora, semejaba una coliflor y su rapada cabeza estaba llena de cicatrices, que él mostraba como insignias de honor.

Su complexión era fuerte, por supuesto; hombros anchos y brazos gruesos que parecía que, en cualquier momento, romperían las costuras de los caros trajes que llevaba; trajes comprados por mi marido. Lo más amenazante de Danny O'Shea, al menos para mí, eran sus ojos. Nuestras miradas se encontraron un instante cuando salí de la limusina y caminé hacia la puerta. Fue como mirar fijamente los ojos muertos de un tiburón justo antes de que hundiera sus dientes en tu carne. No soportaba estar cerca de Danny O'Shea y sabía que él no me apreciaba mucho. Me miraba como si fuera a comerme de un solo bocado, pero Kyle adoraba a ese pitbull. Danny haría lo que Kyle le dijera, cosas que mi marido nunca se atrevería a hacer por sí mismo.

Una vez dentro del ascensor, puse mi tarjeta en la ranura y marqué los números del teclado para que me llevara a nuestro ático, en el piso 30. Me recosté contra la pared del fondo y suspiré. Entonces, contemplé mi reflejo en las puertas de espejo. Parecía cansada, a pesar de que el maquillaje y el pelo siguieran aún perfectos. El corto vestido negro que llevaba y los tacones

hacían que mis tonificadas y bronceadas piernas se vieran increíbles, pero los zapatos me estaban matando y el tanga se me había metido incómodamente por el culo. Lo único que deseaba en ese momento era llegar a casa, desnudarme y meterme en la bañera.

Di por hecho que Danny había avisado a mi marido de que estaba subiendo. Kyle probablemente ya estaría borracho, repantingado frente a la televisión, viendo una pelea de lucha libre. No me sorprendió que no se presentara aquella noche a la velada, aunque me había jurado que lo haría. Las promesas de Kyle tenían muy poco peso para mí. ¿Por qué se molestaba en mentirme, si ambos sabíamos que no las cumpliría? Supongo que era un hábito. A veces me preguntaba cuánto tiempo trataríamos de seguir manteniendo lo nuestro.

Kyle odiaba todo lo que no implicara a hombres sudorosos dándose palizas sobre un ring o a mujeres bailar desnudas alrededor de una barra. Los actos de caridad eran proyectos de su madre, Ramona, y como el padre de Kyle —Edward— era el dueño de la compañía y controlaba los hilos, querían que su único hijo estuviera con ellos. Kyle tenía que asistir, sin embargo, solía inventarse cualquier excusa de último momento para no ir y a mí no me quedaba otra que acudir sola. Eso no me importaba. En realidad, me caía bien su padre y podía tolerar a su madre. Además, resultaba agradable alejarse de él, aunque fuera solo por una noche.

—Nos vemos allí, Fee —me había dicho mi marido por teléfono a las ocho. Supongo que me llamó «Fee» porque Fiona debía ser demasiado esfuerzo para él.

Cuando traté de localizarlo, media hora después, saltaba directamente el buzón de voz. Su madre estaba decepcionada. Su padre, furioso. A Kyle le esperaba una buena bronca el lunes, aunque no serviría de mucho.

Las puertas del ascensor se abrieron en nuestro vestíbulo. El ático era enorme —tenía más de quinientos metros cuadrados— y era todo un homenaje al despilfarro. Mi suegra había insistido en decorarlo como regalo de aniversario y Kyle se negó a que yo lo redecorara porque eso heriría los sentimientos de su madre. Dios, odiaba aquellos adornos tan recargados, los muebles antiguos, el pesado papel tapiz y las persianas. Parecía sacado de una vieja película. El día en que la madre de Kyle muriera, sería el día en que comenzaría la redecoración.

El ático también tenía mucho más espacio del que necesitaban dos personas. Incluso aunque, como nosotros, se evitaran y vivieran en extremos opuestos de la casa. Mi dormitorio era mi santuario personal, mientras que Kyle pasaba la mayor parte del tiempo en la sala, donde una gigantesca pantalla de televisión cubría una pared entera.

Cuando Kyle compró el piso, sin siquiera consultarme, dijo que era porque sería el lugar perfecto para formar una familia ya que habría espacio de sobra para que los niños jugaran. Eso fue hace cinco años y todavía no tenemos hijos. Lo intentamos durante un tiempo, sin embargo, luego pareció convertirse en una carga para él; tener relaciones con el fin de tener hijos, en vez de como simple diversión, no es lo suyo. Así que, el sexo disminuyó de manera constante y la idea de formar una familia se perdió por el camino. Me alegro de que no hubiéramos tenido hijos. No desearía que un niño tuviera que soportar un matrimonio como el nuestro. Aunque, lo cierto, es que tampoco recuerdo cuándo fue la última vez que nos acostamos juntos. Apostaría a que no fue muy bueno.

Al salir del ascensor, el ático estaba en silencio. Dejé el bolso y las llaves en la mesita del

vestíbulo y me saqué los tacones porque los pies me estaban matando. Cogí los zapatos y me dirigí a nuestra habitación.

El dormitorio principal se hallaba al final de un largo pasillo. Iba por la mitad del corredor cuando, de pronto, oí unos gemidos que procedían de nuestro cuarto, cuya puerta estaba entreabierta. Enseguida supe lo que pasaba allí dentro. Reconocí vagamente los silbidos y gruñidos de Kyle. Eran unos sonidos que hacía mucho que no oía. Cómo pude encontrarlos sexis antes.

Me acerqué hasta la puerta y me asomé. Entonces, vi a Wendy acostada en mi cama, con el culo en el borde del colchón. Sus piernas se encontraban abiertas de par en par, sus pies en el aire y apretaba los puños con fuerza en mis sábanas. Kyle estaba de pie entre sus muslos, sosteniéndola por los tobillos, mientras entraba y salía de ella con un movimiento tan brusco que parecía que montaba un toro mecánico.

Me concentré en Wendy por alguna razón. Probablemente porque ya había visto a Kyle follar y nunca fue tan impresionante. Sus grandes tetas saltaban como globos de agua en su pecho. Tenía los ojos cerrados y se mordía el labio inferior, al tiempo que emitía pequeños chirridos cada vez que Kyle se metía en ella.

Kyle iba a toda velocidad. Salía casi fuera de su sucia vagina y, luego, empujaba tan fuerte que sus pelotas golpeaban su culo carnoso y causaron que todo su cuerpo saltara. La polla de Kyle no era larga, pero era extrañamente gruesa, semejaba más un pepino gordo que un pene. Tuve que reconocerle el mérito. Estaba dándole un gran uso a lo que tenía. Aparentemente, no había perdido su toque porque Wendy lloraba como una verdadera *banshee* al ser liberada de la caja de Pandora.

—Joder... yo... joder... nena...

Wendy se quejó, tirando tan fuerte de sus pezones que me hizo estremecer. Jesús, ¿cuánto se estirarían esas cosas?

—Voy a... correrme... cariño... hazme... cariño... correr...

—Sí, nena —dijo Kyle, jadeando, resoplando, con sus estrechas caderas moviéndose de un lado a otro—. Córrete, cariño... Córrete para papá...

«¿Córrete para papá? ¿¡En serio!?!», pensé para mí. «¿Hablar así es una nueva arma en el arsenal de Kyle? Dios mío, qué patético».

Wendy chillaba como un cerdo y arqueaba la espalda para que la polla de Kyle se hundiera más en su coño, que probablemente tenía la tensión de una goma elástica estirada. Ups, ¿demasiado sarcástico?

Kyle inclinó la cabeza hacia atrás y rugió, empujando sus caderas hacia ella mientras se corría. Toda aquella escena hubiera resultado cómica si no fuera porque se trataba de mi marido follando a otra en mi cama.

Al terminar, Wendy dejó caer las piernas y se desplomó. Se quedó allí, jadeando como un perro, masajeando sus pobres tetas maltratadas.



Cuando volví a prestar atención a Kyle, él seguía de pie junto a la cama y me miraba sonriente. Su polla de pepinillos se había desinflado y colgaba tristemente entre sus piernas como una goma usada.

Sin decir una palabra, me di la vuelta aún con los zapatos en la mano y atravesé el ático. Me puse los zapatos en la entrada, recogí mi bolso, tomé el ascensor y bajé al vestíbulo.

Danny O se hallaba ante el ascensor cuando las puertas se abrieron, como si supiera que yo iba a aparecer y tuviera órdenes de detenerme. Salté cuando lo vi y, luego, le miré con odio, retándolo a que me dijera algo. Entrecerró los ojos un segundo, se hizo a un lado en silencio y extendió la mano para dejarme pasar. Podía sentir sus fríos ojos sobre mí mientras cruzaba el vestíbulo y pasaba junto al portero, que me sostenía la puerta. Cuando miré atrás, Danny había entrado en el ascensor; sin duda, subía para lavar la asquerosa polla de su amo.

Salí a la acera y me detuve un instante para recuperar el aliento, agradeciendo el aire fresco. El portero me preguntó si me encontraba bien, pero le ignoré y me fui. Caminé un par de calles hasta que mis pies empezaron a quejarse de dolor, entonces decidí llamar a un taxi.

—¿Adónde? —me preguntó el conductor sin darse la vuelta. Me miró por el espejo retrovisor. Era un hombre gordo que olía a salchichas y pimientos. Su licencia, en la parte de atrás del asiento, decía que su nombre era Vito. Me preguntaba si le gustaban *Los Sopranos*.

—Al Club Haven —le dije.

Puso el taxímetro en marcha y arrancó, al tiempo que yo suspiré hondo. Apoyé la cabeza contra el respaldo del asiento y cerré los ojos. La escena de Kyle sonriéndome con burla mientras Wendy seguía despatarrada en nuestra cama, se repetía una y otra vez en mi mente. Me froté los ojos hasta que aquella imagen desapareció.

Kyle, al final, lo había hecho.

Me había llevado al límite.

Ya no había vuelta atrás.

Ahora necesitaba una copa.

Y, tal vez, algo más fuerte.

## CAPÍTULO 2

### **Nick Patron**

Podría daros cien razones diferentes por las que odio a Kyle Cassidy, pero eso nos llevaría mucho tiempo tanto a vosotros como a mí, así que os diré cuál es la razón principal.

Kyle Cassidy es un idiota arrogante que se esfuerza por ser mi némesis, personal y profesionalmente. A menudo hacemos negocios juntos, aunque por mi parte sea a regañadientes. Mi empresa, Patron Sports Entertainment (PSE), organiza torneos de artes marciales mixtas por todo el país. A esa disciplina se la conoce como MMA, por sus siglas en inglés, y es alucinante. Millones de personas de todo el mundo siguen los combates por televisión y llenan enormes estadios para ver a hombres —y mujeres— competir por el dinero del premio, el título y un llamativo cinturón de oro.

Entré en las MMA hace diez años como boxeador de peso pesado. Fue una progresión natural, dado que había pasado la mayor parte de mi vida luchando en las calles, de forma gratuita, y en callejones, por apuestas. ¿Recordáis esa vieja película de Clint Eastwood donde le pagaban por pelear en chatarrerías y almacenes vacíos? Bueno, eso mismo hacía yo. Me enfrentaba a todos los que venían por un par de cientos de dólares, e inmediatamente me gastaba la pasta en alcohol, drogas y mujeres. Por lo que enseguida regresaba a donde había empezado; roto, enfadado y solo. Fue después de una de esas peleas cuando conocí a Jesse Rose, la persona que cambiaría mi vida.

Nunca había pensado en convertirme en profesional hasta que una noche entré en ese sórdido bar y entablé conversación con Jesse, un hombre mayor y negro que parecía haber pasado mucho tiempo sobre el cuadrilátero, dada su nariz torcida y el grosor de su frente. Acababa de verme noquear a un tío de un puñetazo en el callejón de atrás y me preguntó si había pensado en pelear profesionalmente. Le dije que no y me explicó que entrenaba boxeadores y luchadores de MMA. Él me pagaría un par de cientos de dólares a la semana por entrenar con sus boxeadores. Y que si me interesaba, me entrenaría para pelear. Le dije que ya sabía cómo hacerlo, aunque él me aseguró que tal vez sabía pegar, pero no pelear. Eso me interesó mucho. ¿Podía golpear a los otros tíos y ganar dinero? Joder, me apunté al momento.

Al día siguiente, acudí al gimnasio en el que Jesse entrenaba a sus luchadores. Me envolvió las manos, me puso unos guantes de boxeo y me dijo que me subiera al ring con un chico negro y flacucho que parecía que no pesaba ni 30 kilos. Yo era grande y musculoso, estaba cubierto de tatuajes y cicatrices, era fuerte como un buey y golpeaba como uno. Así que pensé que sería fácil deshacerme de aquel muchacho y demostrarle a Jesse que sí sabía pelear.

Cuando Jesse tocó la campana, me acerqué rápidamente a mi rival y me di cuenta enseguida de que no era el fenómeno del cuadrilátero que creía cuando estaba en la calle. El chico se hizo a

un lado, me golpeó una vez en la mandíbula y otra en la nariz. Eso fue todo. Caí como un saco de patatas y sangrando por la nariz.

Aprendí tres cosas esa tarde. Una, que aunque podía pegarme en la calle con los mejores, no tenía ni idea de cómo pelear en el ring. Dos, que romperte la nariz duele un huevo y produce una cantidad desmesurada de sangre. Y tres, que te rompa la nariz un tirillas al que doblas en tamaño, es jodidamente humillante.

Siempre recordaré a Jesse, al lado del ring, con sus fuertes brazos apoyados sobre las cuerdas, riéndose a carcajadas mientras yo luchaba por sentarme como un niño que se despierta de su siesta. Resultó que aquel flacucho era el hijo de Jesse, Jimmy, un campeón que ganó los guantes de oro a los diecinueve años.

Jimmy se quitó los guantes, se los puso bajo el brazo, me ayudó a ponerme de pie y, luego, se fue a buscar a otro imbécil engreído al que darle una lección.

—¿Estás bien? —me preguntó Jesse, sin molestarse en ocultar la sonrisa que lucía su maltrecho rostro. Me pasó una toalla sucia y me dijo que me limpiara la sangre de la cara—. El chico golpea como un toro, ¿eh?

—Golpea como un puto camión —exclamé, limpiándome con la toalla.

La cabeza de Jesse se movió.

—Entraste corriendo y te dio una patada en el culo, eso es todo.

Le devolví la toalla, después me palpé la barbilla e intenté mover la mandíbula de un lado a otro. Debía actuar con dureza.

—Fue un golpe de suerte.

Se rio.

—Fueron dos golpes de suerte.

Sonreí. Me dolió.

—Sí.

Jesse puso sus manos en mis mejillas, me examinó de cerca y me miró a los ojos.

—Estás bien. Solo se te ha torcido un poco el tabique. No te muevas. —Colocó los pulgares a cada lado de mi nariz e hizo un giro rápido. Escuché un estallido y, de pronto, sentí un dolor abrasador. Pensé que iba a vomitar. Jesse me sujetó por los hombros para evitar que me cayera, y luego recogió un cubo de basura y me lo tendió.

—Escupe —me dijo.

Me limpié las lágrimas de los ojos y aspiré la sangre que me llenaba la nariz, después escupí una mezcla de sangre y mocos en el cubo. A continuación, me limpié la boca en la parte posterior del brazo.

—Gracias. Ahora estoy mejor.

Jesse se inclinó hacia atrás contra el ring y se cruzó de brazos. Entrecerró los ojos hacia mí.

—¿Realmente quieres aprender a pelear o solo estás tomándome el pelo?

—Deseo aprender —le dije.

Su expresión me dijo que no estaba convencido.

—¿Estás dispuesto a trabajar duro? ¿A entrenar todos los días? ¿A levantar pesas, correr... y hacer todo lo que yo te diga?

—Sí.

—¿No saldrás por las noches? ¿Dejarás el alcohol y las drogas? ¿Renunciarás al sexo, excepto los fines de semana? ¿Dejarás de pelear en sucios callejones por un par de monedas...?

Asentí con la cabeza y le dije:

—Sí, maldita sea. Sí. Solo dime qué hacer y lo haré.

Jesse me miró un momento, me puso una mano en el hombro y me dio la vuelta para que mirara al ring.

—Bien, entonces, vuelve a meter el culo ahí arriba y esta vez no hagas nada a menos que yo te lo diga.

Jesse era un gran entrenador y yo, un aprendiz rápido y entusiasta. Ayudó también el hecho de que midiera metro ochenta y pesara 90 kilos de puro músculo.

El primer año gané diez peleas de aficionados, todas en tres asaltos. El segundo, diez combates profesionales contra luchadores clasificados. Subí en la tabla de clasificación y, a mediados de mi tercer año, noqueé al —por entonces— campeón del mundo y me llevé el cinturón. Así me convertí en el campeón mundial de las MMA.

Durante seis meses, defendí con éxito mi cinturón dos veces y, luego, me enfrenté con un boxeador irlandés, Danny O'Shea. Danny O, lo llamaban, aunque él prefería autodenominarse Danny O'Shit.

—La gente me ve venir y dice «¡O'Shit!» —le dijo, a un reportero de televisión, con su marcado acento irlandés de la calle.

No hace falta decir que no éramos amigos.

Danny O también medía 1,80 y pesaba 90 kilos, pero era un animal al que le encantaba pisotear a sus oponentes en el ring y noquearlos contra las esquinas del cuadrilátero, a pesar de que los árbitros intentaban impedirselo. Era un sádico hijo de puta. En el tercer asalto, rodeó con el brazo derecho al árbitro cuando este intentaba separarnos y me golpeó directamente en la sien. Caí desplomado y no me volví a levantar.

Aquel golpe terminó con mi carrera de boxeador y casi me cuesta la vida. Jesse y Jimmy tuvieron que sacarme de allí. Desperté tres días después en una unidad de traumatismo craneal, conectado a todo tipo de cables. Me dolió horrores hasta abrir los ojos.

—Nos preocupaba que no se despertara, señor Patron —me dijo el médico, hojeando mi expediente. Estaba al pie de mi cama, con Jesse a su lado.

Jesse tenía su gorro de punto en las manos y no paraba de darle vueltas, nervioso. Parecía cansado. Sus ojos marrones estaban inyectados en sangre. Nunca antes lo había visto tan derrotado. Nunca.

—Temimos que sufieras muerte cerebral —me dijo Jesse con un pequeño temblor en su voz.

—Para eso haría falta que tuviera cerebro —bromeé. Mi voz era poco más que un susurro ronco. Intenté reírme, pero me hizo palpar la cabeza y me quemó la garganta.

El doctor cerró mi expediente médico y se lo metió bajo el brazo.

—Le vigilaré durante unos días para asegurarnos de que no tenga ninguna hemorragia cerebral que hayamos pasado por alto —me informó. Miró a Jesse y le dijo—: Necesita descansar. No se quede mucho tiempo.

—No, señor —le respondió, asintiendo respetuosamente.

—Agua —susurré cuando el médico nos dejó solos.

Jesse llenó un vaso de plástico con una jarra de agua, que había sobre la bandeja, y me puso una mano detrás de mi cuello para incorporarme.

—Bébelo despacio —me pidió, inclinando cuidadosamente el vaso hacia mis labios—. Luego, descansa un poco. El doctor dice que el descanso es lo mejor para ti.

—Lo mejor para mí es salir de aquí —le contesté, tragando, haciendo un gesto de dolor por el líquido que se deslizaba por mi garganta. Sentí como si estuviera tragando hojas de afeitar—. ¿Se lo dieron a ese chupapollas?

Me miró con el ceño fruncido, confundido.

—¿De qué estás hablando?

—De O'Shea —dije—. ¿Le dieron mi cinturón?

—No, lo descalificaron.

Entonces sonreí.

—Bien. Así que, sigo siendo el campeón. —Intenté mover la cabeza, pero me dolía demasiado, así que me recosté de nuevo y cerré los ojos—. Jodido O'Shit. Me encargaré de ese hijo de puta tan pronto como salga de aquí.

Jesse no dijo nada porque no sabía qué decir. Sabía que no volvería a pelear. Sin embargo, no tuvo el valor de contármelo porque no quería romperme el corazón. Se sentó en la silla junto a la ventana y estuvo viendo la televisión mientras yo me dormía.

Al día siguiente, el doctor regresó con una sentencia de muerte. Me informó de que si me golpeaban en la cabeza otra vez, probablemente me matarían; o al menos, me provocarían una muerte cerebral. Así que debía olvidarme de volver a competir.

Le grité de todo y le mandé a la mierda. Luego, le dije a Jesse que se fuera. No quería ver ni hablar con nadie. Durante los siguientes días pasé por distintas etapas: *shock*, negación, dolor, ira,

negociación, depresión... pero sobre todo ira, ya que era la emoción con la que me sentía más cómodo.

Lentamente, y a regañadientes, acepté el hecho de que nunca más pondría un pie en el ring para luchar.

Quería luchar, pero también quería vivir.

Así que dejé de pelear y empecé a organizar combates con luchadores que Jesse y algunos otros entrenaban. Primero, fueron combates de boxeo y torneos de MMA por toda la ciudad; luego, por el estado y, al final, a lo largo y ancho de todo el país. Poco a poco, el nivel de los participantes mejoró, la recaudación se tornó más grande y el público que asistía a los combates se convirtió en auténticas multitudes. Eso me llevó a fundar Patron Sports Entertainment, que hoy en día es una empresa de veinte millones de dólares con oficinas en Nueva York, Chicago, Los Ángeles, Londres y Tokio. Organizamos eventos de MMA por todo el mundo.

Ya no soy luchador, pero sí un hombre asquerosamente rico.

También lo es Jesse. No obstante, él no presume de ello como yo.

Y se lo debo todo a Danny O'Shit, ese chupapollas irlandés que acabó con mi carrera. Danny fue expulsado de todas las organizaciones de MMA por sus tácticas sucias —como la que casi me mata— y, ahora, es el guardaespaldas personal de Kyle Cassidy.

Pero estoy divagando...

Os estaba diciendo por qué odio a Kyle Cassidy. El hecho de que sea el jefe de Danny O'Shit fue solo una nota interesante.

Como decía, mi empresa, Patron Sports Entertainment, organiza combates de boxeo y torneos de MMA por todo el país y, normalmente, se desarrollan sin problemas. La compañía de Kyle —o más bien, la de su padre, Cassidy Event Management— arregla cada acto importante que tiene lugar en la ciudad. Eso significaba que, para organizar un evento aquí, tengo que tratar con Kyle y con la pandilla de capullos que trabajan para él.

Tratar con Kyle era como la vieja historia de la rana y el escorpión. Esta es la versión corta: el escorpión quería cruzar el río pero sabía que se ahogaría, así que convenció a la rana para que lo hiciera.

—Pero tú eres un escorpión —dijo la rana—. ¿Cómo sé que no me picarás y me matarás mientras cruzamos el río?

—Porque si te picase y te matara, yo también me ahogaría —le respondió el escorpión.

Así que el escorpión se subió en la espalda de la rana y esta comenzó a nadar. Sin embargo, a mitad de camino, el escorpión picó a la rana.

—Pero ¿por qué has hecho eso? —preguntó la rana moribunda—. Ahora tú también morirás.

—Lo sé —dijo el escorpión—. Pero eso es lo que hago. Soy un escorpión. Es mi naturaleza.

En este escenario, Kyle Cassidy sería el escorpión y el resto del mundo, las ranas a las que él no dudaría en clavarles su aguijón. Lo malo es que a mí no me gusta ser una rana, lo que yo

quiero es ser la bota que aplaste a ese puto escorpión.

A primera hora de hoy ya me ha picado y no había nada que pudiera hacer al respecto. Estábamos en su oficina, revisando el contrato para un gran evento que quería organizar en la ciudad, en otoño.

—Esto es una mierda —le dije, después de leer el último anexo al contrato estándar que debía firmar para alquilar el estadio para celebrar una competición de MMA dentro de unos meses. Bajo los términos de Kyle, tenía que pagarle cien mil dólares, la llamada «propina», incluso antes de que el evento se llevara a cabo. Había reservado dos o tres en la ciudad cada año y, cada vez, la tasa crecía más.

—Es el precio de hacer negocios aquí, Nicky —me dijo, encogiéndose de hombros, dándoselas de dueño de la maldita ciudad y de todos sus habitantes. O'Shit estaba allí, de pie a un lado, con los brazos cruzados, mirándome.

—Esta ciudad no es tuya, Kyle —le espeté, por lo que hizo rodar los ojos—. Y esto es un robo.

—Bueno —dijo, agitando la mano como si yo fuera un mal olor que se había colado en su oficina—, lo tomas o lo dejas. Pero es lo mejor que puedo ofrecerte. El precio se basa en la demanda de mercado. Si no quieres reservar el estadio para ese fin de semana, seguro que puedo encontrarte otro emplazamiento. Tal vez, la vieja Armería de la Guardia Nacional al otro lado del río. He oído que es muy bonito en esta época del año si no te fijas en el moho y las ratas.

—Eres un cabrón, Kyle —exclamé.

—Soy el cabrón que manda en la ciudad, Nicky —me dijo, sonriendo ya que el insulto le resbalaba. Se inclinó hacia atrás en su silla y comenzó a mecerse. Llevaba un Rolex de oro y un anillo de ónix negro en su mano izquierda. Jugó con el anillo, girándolo mientras esperaba pacientemente a que yo firmara el contrato. ¿Quién coño se pone anillos en el meñique? ¿Quién se creía este imbécil, Tony Soprano?

Los dos sabíamos que me tenía contra las cuerdas. No tuve más remedio que firmar y pagarle. Chupapollas. Cogí el bolígrafo y me incliné sobre su escritorio para rubricar el contrato. Tiré el bolígrafo sobre el escritorio y empujé el contrato hacia él.

—Impresionante —dijo con una sonrisa.

Se inclinó hacia adelante y recogió el documento para buscar la página de firmas y asegurarse de que había escrito mi nombre. La primera vez que me montó un numerito como este puse «Jódete», en letras grandes, en la línea de firma. Entonces, Kyle sacó otra copia y me dijo que lo intentara de nuevo. Maldito chupapollas.

—Ahora, ingresa el cheque del cincuenta por ciento del alquiler, por adelantado, y haré que nuestros abogados te envíen una copia del contrato totalmente formalizado. Y, como siempre, la propina debe ser pagada por separado y también por adelantado.

—Conozco el procedimiento —murmuré, estrechando los ojos—. Ya me has jodido antes.

—Y lo haré de nuevo —afirmó, sonriendo a O'Shit—. Es muy divertido follar contigo,

Nicky. ¿No es divertido follar con Nicky, Danny?

—Yo disfruté follándolo —gruñó este—. Me encantaría hacerlo otra vez.

Apreté los puños con furia. Quería golpear a O'Shit tan fuerte que le saliera el cerebro por la parte de atrás de la cabeza. Luego, se lo metería por la garganta a Kyle hasta que se atragantara con él. No era una fantasía nueva. La tenía cada vez que me veía obligado a lidiar con aquellos dos hijos de puta.

Kyle se puso de pie y tendió su mano derecha.

—Gracias por hacer negocios con Cassidy Event Management, señor Patron. Esperamos que tenga mucho éxito ese día.

—Jódete —dije, empujando la silla y caminando hacia la puerta. O'Shit me gruñó cuando pasé junto a él. Apeataba a humo de cigarro y a colonia barata.

—Oh, Nicky, casi lo olvido —dijo Kyle—. Tengo una invitación para ti.

Le entregó un sobre blanco a O'Shit quien, a su vez, me lo pasó a mí.

—¿Qué es esto? —pregunté, sosteniendo el sobre que tenía mi nombre grabado, en la parte delantera, en pan de oro.

—Una invitación VIP para la gala benéfica que mis padres celebran esta noche en el Ritz —comentó, sentándose de nuevo—. Veteranos heridos o niños enfermos o algo así. Mi madre me pidió específicamente que te la diera. —Me sonrió condescendiente—. Por alguna razón, le gustas. O más bien, le gusta tu dinero.

Quería romper la invitación en mil pedazos y metérsela por la garganta pero, en vez de eso, me la guardé en la chaqueta y abrí la puerta.

—¿Le digo que irás? —me preguntó, enlazando sus dedos y apoyando el mentón sobre ellos—. Sé que odiarías decepcionar a una mujer mayor.

—¿Lo harás tú? —inquirí—. ¿Con tu gorila?

Se rio y compartió una mirada cómplice con O'Shit.

—Joder, no. Tenemos mejores cosas que hacer.

—Bien. Dile que allí estaré.



## CAPÍTULO 3

### Fiona

Le pagué al taxista y me detuve en la acera frente al Club Haven un momento para orientarme. Era casi medianoche y había sido un día muy largo, pero la adrenalina que bombeaba por mi cuerpo no me iba a dejar dormir. Estaba demasiado emocionada para eso.

Estaba un poco nerviosa y enfadada. Lo único que no sentía era dolor. Me dolió la primera vez que descubrí que Kyle me engañaba. Me dolió la segunda vez, la tercera, la cuarta... Ahora, ya no. Solo estaba enfadada. No por la infidelidad, sino por tirársela en mi casa, en mi cama, cuando sabía que estaría allí para pillarlo. Quería que entrara para encontrármelo follándose a Wendy. Quería que lo viera cometiendo adulterio. Creo que simplemente quería ver la expresión de mi cara. Confiaba en que el *shock* y asco no le hubieran decepcionado.

También sentí un gran alivio, principalmente porque nuestro matrimonio se había acabado. Y se había terminado, no os equivoquéis. Ni las súplicas, los sobornos ni los arrumacos lograrían convencerme para que me quedara. Ya no tendría que fingir más. Ni hacerme la valiente ante sus padres y nuestros amigos. Ni mantener las apariencias por el bien de la empresa y la reputación de la familia Cassidy. No tendría que sonreír por fuera cuando me estaba muriendo por dentro. No tendría que fingir que era feliz cuando, incluso en los mejores días, me sentía absolutamente miserable.

Estuve casada con Kyle durante diez años no porque lo amara, sino porque teníamos una relación que nos beneficiaba a ambos. A él le gustaba lucirme del brazo y a mí, gastar su dinero. Me gustaba vivir en un ático en la ciudad. Me gustaba que las limusinas con chófer me llevaran a cualquier sitio que deseara ir. Me gustaba tener una casa en los Hamptons y viajar por todo el mundo. Me gustaba tener un enorme armario lleno de ropa de diseño, bolsos y zapatos. Me gustaba despilfarrar dinero y el estatus que eso conllevaba. Todo lo que me costó fueron diez años de mi vida y la mayor parte de mi dignidad.

Era básicamente una puta. Una puta muy cara.

Y ahora no lo era. Y era una sensación increíble.

Era una cálida noche de otoño. El cielo estaba despejado y el aire era fresco, sin llegar a hacer frío. Cerré los ojos, levanté la nariz al cielo y respiré hondo. El aire fresco me ayudó a eliminar parte de la tensión de mi cuerpo. Estaba segura de que el alcohol expulsaría el resto.

Escuché una voz profunda detrás de mí. Me volví y me topé con un hombre muy corpulento, de traje negro, ante la puerta del club. Llevaba un auricular en su oído derecho como un miembro del Servicio Secreto. Una casi pensaría que el presidente de los Estados Unidos se encontraba dentro del local.

El Haven Club era un establecimiento privado, como un club de campo en el corazón de la ciudad. Entre sus miembros se encontraban muchos de la llamada élite social de la ciudad: millonarios, multimillonarios, políticos, empresarios, personas de la alta sociedad, atletas profesionales, estrellas de cine y quizás, según Kyle, incluso algunos mafiosos.

La familia Cassidy había sido socia del club desde hacía décadas. Dentro de aquellas paredes privadas había un pequeño restaurante y bar con pista de baile, una sala de fumadores para caballeros, una zona de *spa* para mujeres, varios salones de fiesta, un centro de negocios y, supuestamente, salones privados que los socios podían usar para otras cosas, si se decantaban por ello.

—¿Va a entrar, señora Cassidy? —me preguntó el portero con una mano apoyada en la gran puerta de roble que tenía grabadas, en letras pequeñas, las palabras «Club Haven» en una placa de plata. Era la única señal del club. Si no hubieras sabido que estaba allí, nunca te habrías dado cuenta.

—Sí, gracias —le dije, sonriente mientras me abría la puerta.

Al pasar, te encontrabas con un conserje tras un escritorio, en una habitación más pequeña que mi vestidor. Estaba allí para escanear las tarjetas de los miembros del club antes de permitirles la entrada, a través de la puerta cerrada que había a su derecha. Si no eras socio, no entrabas. Esa noche, el conserje era un hombre mayor que llevaba esmoquin y lucía una sonrisa cortés. Parecía un poco ridículo, detrás de aquel escritorio, como un mayordomo esperando para servir. Me hizo un gesto con la cabeza cuando entré.

—Me temo que no llevo mi tarjeta de socia encima —le expliqué, poniendo cara de lástima. Encontré mi carné de conducir en el bolso y se lo mostré—. Me llamo Fiona Cassidy. Soy miembro del club.

—Por supuesto, señora Cassidy, déjeme registrarla manualmente —me dijo, dirigiéndose al ordenador. Sus delgados dedos volaron sobre el teclado. Apareció una página con mis datos y mi foto en la pantalla. Pulsar la tecla Enter y, de pronto, se oyó el sonido de una cerradura de la puerta desbloqueándose.

—¿Puede decirme si el señor Patron está dentro? —le pregunté antes de pasar.

Lo comprobó en el ordenador y se puso las manos detrás de la espalda.

—Sí, el señor Patron está en el bar. Creo que la está esperando.



Había oído nombrar a Nick Patron desde hacía años, pero no le conocí hasta esa noche. Principalmente, había oído a Kyle quejarse de lo arrogante que era, pero las mujeres que, supuestamente, habían estado con él —o conocían a alguien que lo había hecho— afirmaban que era increíble en la cama. Kyle llamando a alguien imbécil arrogante resultaba de lo más hipócrita, así que me tomé aquello como simple resquemor. Sin embargo, la opinión de las mujeres sobre

sus habilidades sexuales procedían de fuentes bastante fiables.

—Nicky Patron es un auténtico dios del sexo —me dijo Patricia Weston después de, al parecer, pasar un fin de semana con él en Atlantic City después de un combate de boxeo o algo así, hacía unos años.

Patricia era un putón de 50 años que solo se follaba a jovencitos guapos y a hombres maduros ricos. Nick Patron era joven y rico. Ella aseguraba que era como un dos por el precio de uno. Me habló de Nick durante un *brunch* un domingo que pasamos junto a otras chicas.

—El tío tiene un cuerpo cincelado y una polla que notas desde el coño hasta la garganta. De verdad, si alguna vez tenéis la oportunidad de follaros a Nicky Patron, ¡hacedlo!

No tenía ni idea de quién era Nick Patron hasta aquel día. Lo busqué en Google más tarde y descubrí que no solo era rico, guapo y el director general de una empresa con la que mi marido hacía negocios a menudo, sino que también se le relacionaba con docenas de mujeres: modelos, actrices, atletas y una estrella de un *reality* de televisión llamada Sasha Smith, que se había grabado teniendo sexo anal con él en una habitación de un hotel de Las Vegas y, luego, publicó el vídeo en internet para que todo el mundo lo viera.

Yo no pude resistirme a verlo, a pesar de que el vídeo no era de buena calidad, la imagen se movía y se había grabado con un iPhone en una habitación poco iluminada. Sasha sostenía la cámara, mientras Patron la follaba, apuntando el móvil para que se pudiera ver su culo regordete y a Nick Patron de pie, detrás de ella. Él la sostenía con fuerza por las caderas y le estaba metiendo y sacando la polla. La chica jadeaba cada vez que su polla se metía en su culo. No podría decir si era un jadeo de placer o de dolor.

Puse en pausa el vídeo para fijarme bien en el cuerpo de Nick. No podía ver su polla, por supuesto —no era una radiografía—, pero sí la sombra de sus abdominales, su fuerte pecho y sus redondeados hombros cubiertos de tatuajes tribales. Sus ojos estaban cerrados y su cara seria, como si se concentrara en contener su orgasmo hasta que ella estuviera lista para correrse. Considerado fue la palabra que me vino a la mente. Lo sé, era extraño pensar en eso mientras le veía follando con una chica. Pero parecía... considerado.

Pasaría otro año más antes de que conociera a Nick Patron. Lo curioso es que fue el mismo día que decidí divorciarme del pedazo de mierda de mi marido. Tal vez fue solo el momento. O una coincidencia. O el destino. Cualquiera que sea la razón, en cuando lo vi solo, en la barra, durante el acto benéfico de aquella noche, tuve la sensación de que estábamos destinados a conocernos. Y, tal vez, hacer otras cosas.

Yo estaba socializando en el salón de baile, yendo de mesa en mesa, pidiendo donaciones para la asociación de la madre de Kyle cuando lo vi en la barra. Era muy alto y de hombros tan anchos que ponía a prueba las costuras de su traje negro de Armani. Llevaba una camisa blanca de cuello duro y corbata azul celeste. Su pelo oscuro estaba cortado. Su bronceada cara, bien afeitada. Patricia tenía razón: parecía un dios griego. Y también que prefería estar en cualquier otro sitio en ese momento.

Se hallaba apoyado en la barra con un codo y sostenía una bebida en la otra mano. Parecía un anuncio de una vieja revista *Esquire*. Me acerqué a él y pedí una copa de champán. O no me

escuchó o no vio la necesidad de darse la vuelta. Estaba segura de que no había ido allí en busca de sexo. Lo más probable es que solo pretendiera cumplir una obligación profesional con los padres de Kyle. Sabía que no había acudido por Kyle, a menos que fuera para tumbarlo de un golpe en el suelo ya que suponía que Nick Patron detestaba a Kyle tanto como Kyle lo detestaba a él.

—Pareces un poco aburrido —le dije.

No respondió al principio, luego se volvió lentamente para mirarme. Cuando nuestros ojos se encontraron, sus labios se separaron por un momento, luego sonrió.

—¿Ah, sí? —preguntó él—. Me esfuerzo por no hacerlo.

—Bueno, tal vez solo un poco —le dije tímidamente, batiendo las pestañas. Le tendí mi mano—. Fiona.

—Nick —contestó, envolviendo sus largos dedos alrededor de los míos y dándome un pequeño apretón de manos. Se llevó la bebida a los labios y echó un vistazo a la habitación—. Y tú, ¿qué haces aquí?

«¿Qué hago? Buena pregunta», pensé. No podía decirle que durante los últimos diez años había sido el felpudo de Kyle Cassidy, así que se me ocurrió una convincente mentira.

Levanté mi copa hacia la gran pancarta que colgaba en la pared de enfrente y que mostraba el nombre de la organización para la que estábamos recaudando dinero. Y le dije:

—Trabajo para el Fondo de Rescate de Animales del Noreste. Ejercicio de relaciones públicas.

—Impresionante —exclamó, inclinando su copa hacia la mía—. ¿Y está aquí para solicitarme una importante donación?

No sabía decir si aquella pregunta escondía una insinuación o si solo eran imaginaciones mías. Dejé que mis ojos se centraran en su rostro. Por un momento, lo recordé follándose a la chica del vídeo; su pecho se agitaba, su torso estaba cubierto de sudor. Esa imagen en mi mente hizo que mis jugos fluyeran un poco.

—Nos encantaría que aportara dinero, señor Patron —dije—. Cuanto más importante sea su donación, mejor.

—¿Sabes quién soy? —preguntó, con el ceño fruncido—. ¿Por qué me siento como un objetivo?

La copa de champán se congeló en mis labios.

—¿Perdón?

—Me has llamado señor Patron —respondió, mirándome con sospecha.

—¿No me dijiste tu nombre? —le pregunté, desconcertada.

—No, dije que me llamaba Nick. —Su ceño se relajó cuando sonrió—. No te preocupes, no estarías haciendo bien tu trabajo si no supieras el nombre de los invitados que tienen los bolsillos repletos. Y tu apellido es...

—Cassidy —dije sin pensar. De nuevo, su sonrisa fue reemplazada por un ceño fruncido. Una pequeña vena surgió de su sien derecha y tensó los músculos de la mandíbula.

—¿Cassidy? ¿Cómo Kyle Cassidy? —me preguntó. Sus fosas nasales se abrieron al mencionar el nombre de mi marido.

Rápidamente volví a mentir.

—Qué va —le contesté, haciendo rodar los ojos—. Misma pronunciación, diferente ortografía. Soy Kassidy, con K. —Me incliné y bajé la voz—: No pareces muy fan del señor Cassidy.

—Kyle Cassidy es un chupapollas de mierda —dijo, prácticamente gruñendo las palabras. Entrecerró los ojos para mirarme un momento, luego respiró hondo y sus rasgos se suavizaron. Se rio y negó con la cabeza—. Lo siento. Ese tío me repatea. Hacemos negocios juntos. Mejor dicho, yo hago negocios. Él solo aprovecha para joderme vivo.

—¿Le gusta que le jodan, señor Patron?

Lo sé, yo tampoco podía creer que hubiera dicho eso. Se me escapó. El champán se me subió a la cabeza y Nick Patron se me subió a la entrepierna. Me escondí detrás de la copa de champán y contuve la respiración. Me estaba convirtiendo en una lagartona.

—No me gusta que me joda Kyle Cassidy —dijo, con una sonrisa—. Tú, por otro lado...

—¡Fiona, querida, estamos listos para comenzar la subasta!

Mi suegra me llamaba desde el otro lado de la sala. Vio a Nick y lo saludó. Le miré a los ojos y suspiré.

—Bueno, el deber me llama. Ha sido un placer conocerlo, señor Patron.

Le di la mano y él la tomó entre las suyas. Esta vez no me la estrechó. Solo la sostuvo un momento.

—Estaré en el Club Haven más tarde —murmuró—. Si quieres tomarte una copa...

—Oh, bueno... no sé —balbucee—. Puede que llegue tarde.

—No me importa esperar —dijo, llevándose mi mano a los labios. Me la besó y me sonrió—. Estoy seguro de que valdrá la pena.



El conserje se acercó al escritorio, para abrirme la puerta de acceso al pequeño vestíbulo del restaurante del club, y me deseó buenas noches con una mirada como si supiera algo que yo no sabía.

La habitación estaba poco iluminada a esas horas de la noche. La mayoría de los socios se habían ido y el personal aspiraba las alfombras y cambiaba la mantelería de las mesas. El bar estaba a la derecha del restaurante. Todavía había un importante número de personas en las mesas

y en la barra, hombres con trajes caros en su mayoría y mujeres jóvenes con vestidos de fiesta que no eran sus esposas. Me pregunté cuántas noches habría pasado Kyle allí, buscando a su próxima conquista sexual.

Había una fila de reservados a lo largo de una pared. Vi a Nick Patron sentado en el último de la esquina, el más privado. Cuando me vio, sonrió y se levantó para saludarme.

—Esperaba que vinieras —dijo Nick mientras me acercaba. Extendió sus brazos como si fuéramos viejos amigos y me dio un beso en cada mejilla. Con un gesto de la mano me indicó que me sentara frente a él.

—Siento que sea tan tarde —me disculpé, atusando mi cabello, quitándomelo de los ojos—. Debo estar hecha un desastre.

—Estás increíble —me dijo Nick, sonriendo con sus ojos.

Apareció una camarera y pedí un *whisky* y Nick, otro *bourbon* con hielo. Charlamos un poco hasta que llegaron nuestras bebidas, luego Nick me miró a los ojos y me preguntó por la historia de mi vida.

—No es nada interesante —aseguré, tomando un sorbo de mi copa y lamiendo las gotas de mis labios—. Nací y crecí en Ohio, fui a la universidad de Vassar, a Brown, e hice un máster en Empresariales... —Me detuve antes de que se me escapara que había estado casada, durante diez años, con uno de sus más odiados socios.

—¿Cuánto tiempo has trabajado para la organización sin fines de lucro? —se interesó. Bebió un poco y dejó que sus ojos vagaran por mi cara.

Había una pequeña vela en la mesa, entre nosotros. Su luz parpadeó en sus ojos. Dios, era tan sexy, y sin siquiera intentarlo.

—Um, he estado trabajando con organizaciones sin fines de lucro desde hace mucho tiempo.

—¿Alguna vez te has casado?

—Una vez —dije—. Hace diez años. No funcionó.

—Lo siento.

—Nah, tranquilo. Era un imbécil.

—La mayoría de los hombres lo son —dijo con una sonrisa—. Y este debió ser tonto de remate para dejarte escapar. —Estiró la mano sobre la mesa y la puso en mi brazo. Sus dedos empezaron a acariciar suavemente mi piel. Debajo de la mesa, deslizó su pie entre los míos y comenzó a frotarse contra mi pierna.

—Señor Patron...

—Nick —dijo, mientras sus dedos jugaban con los pelitos de mi brazo—. Llámame Nick.

—Nick, me siento muy halagada, pero no estoy segura de poder hacer esto.

Suavizó sus magníficos ojos e inclinó la cabeza hacia un lado.

—¿Hacer qué? ¿Tomar una copa? ¿Contarme la historia de tu vida?

—Esto —dije, poniendo mi mano sobre la suya. Le di un pequeño apretón de manos—. Esto no es algo que haga a menudo. Quiero decir, ha pasado mucho tiempo desde que... bueno... ya sabes.

—Ah, claro —murmuró—. ¿Quieres que retire la mano?

Parpadeé en silencio durante un instante.

—No.

—¿Quieres que deje de hacer esto? —me preguntó, deslizando su pierna por mi pantorrilla.

—No —susurré.

Me saqué el zapato derecho y me deslicé un poco hacia abajo en el asiento. Subí mi pie desnudo por el interior de su pierna hasta que mis dedos encontraron su entrepierna. Su polla ya estaba preparada. Mis dedos amasaron su polla, haciéndola crecer gruesa y dura.

Le pregunté:

—¿Quieres que deje de hacer esto?

—No —dijo, respirando un poco más fuerte—. ¿Quieres que deje de hacer... esto?

Se deshizo de su zapato y deslizó su pie por mi pierna. Entreabrí las piernas y me mordí el labio mientras su pie se deslizaba entre ellas, sus dedos explorando mis pliegues húmedos bajo el tanga. Miré por encima del hombro para asegurarme de que nadie pudiera vernos, luego deslicé mi mano bajo mi falda y moví el tanga a un lado para que pudiera presionar sus dedos en mi húmeda cavidad.

—Nunca me habían follado antes con el dedo del pie —dije, gimiendo un poco mientras sus dedos continuaban su sonda entre mis pliegues. Le dirigí una sonrisa de ensueño—. Al menos, no en público.

—Hay un baño de mujeres al final del pasillo —murmuró, indicando con un gesto de cabeza una puerta junto al reservado en el que nos encontrábamos—. ¿Te gustaría unirte allí conmigo?

No me lo pensé. Sabía que me convencería de no hacerlo si lo hacía. Solo tragué fuerte y aparté mi pie de su polla. Él dejó caer su pie de mi coño. Me calcé de nuevo el zapato y recogí mi bolso. Me lamí los labios mientras le miraba a los ojos.

—Yo iré primero.

Asintió con la cabeza, bebió un poco y, luego, me miró mientras atravesaba aquella puerta. Me metí en el baño de mujeres y me apoyé en la puerta. Dejé escapar un largo suspiro, como si hubiera estado conteniendo la respiración durante minutos. Mi tanga estaba mojado por mis jugos. Mis pezones presionaban con fuerza contra mi sujetador sin tirantes. Puse el bolso en el lavabo y deslice el tanga por mis piernas.

Luego golpeó ligeramente la puerta.

## CAPÍTULO 4

### Nick

Mi polla se movió un poco en cuanto vi a Fiona entrar en el bar. Esperaba que viniera, pero no estaba seguro de que lo hiciera. Hubo muchas señales contradictorias durante nuestra breve conversación. Al principio, pensé que ella vendría, pero luego no estaba tan seguro. Tal vez solo me estaba pidiendo una importante donación. O estaba siendo educada. Luego, hizo aquel comentario sobre joder y en mi mente de cachondo degenerado, fue ella la que abrió la puerta para algo más. Pareció dudar un momento cuando le besé la mano. La vi alejarse, esperando verla de nuevo, pero no estaba seguro de que lo hiciera.

Eché un vistazo a mi reloj justo antes de que ella entrara. Era casi medianoche. Había planeado darle hasta las doce y media, luego llamaría por teléfono al servicio de contactos y pediría que me enviaran a aquellas sexis gemelas rusas con las que tanto disfrutaba.

Sí, lo admito, pago por tener sexo, pero son coños de primera por los que la mayoría de los hombres se cortarían un brazo solo por olerlos. No has vivido hasta que tienes a una rusa montando tu polla y a su gemela idéntica montando tu cara.

Se podría decir que me esfuerzo en mejorar nuestras relaciones internacionales, en más de un sentido.

Claro, podría tener a cualquier tía que quisiera, pero el viejo dicho de que recibes por lo que pagas es tan cierto para el sexo como para todo lo demás.

Saludé a Fiona y la abracé. Olía increíblemente bien, como a lilas y vainilla. Le besé las mejillas y resistí el impulso de acariciar mis labios contra los suyos. Estaba bastante convencido de que iba a follármela antes de que acabara la noche, pero no quería asustarla siendo demasiado lanzado nada más llegar. A veces no soy bueno leyendo las señales. Por eso, prefiero pagar por sexo. No hay señales contradictorias; solo negocias el precio de los servicios prestados.

Todos los pensamientos de otras mujeres se desvanecieron en el momento en que se sentó en el reservado frente a mí. Dejé que mis ojos la bebieran. Fiona Cassidy, con K, era muy hermosa. Tenía el pelo largo y rubio, recogido a los lados y rizado para caer sobre sus hombros bronceados. Llevaba un pequeño vestido negro de fiesta que unía sus tetas para formar un sugerente canalillo en el escote en el que yo quería sumergirme. El vestido no tenía tirantes y era corto, pero no mucho. Mostraba sus hombros y cuello bronceados por encima y sus largas piernas y tobillos finos por debajo. Literalmente, la boca se me hacía agua por ella. Estaba deseando descubrir las partes de su cuerpo que aquel vestido escondía.

Entonces empezó a hablar y me encontré escuchando lo que tenía que decir. Normalmente, cuando una mujer empieza a hablar de otra cosa que no sea de negocios, desconecto. No a



propósito ni por grosería. Es solo la forma en que funciona lo que queda de mi cerebro. Empiezo a pensar en follarse y eso es todo en lo que puedo concentrarme. O dicho de otra forma, soy un idiota egoísta, que es la hipótesis de Jesse.

Pero con Fiona, fue diferente. No tuve que fingir que estaba interesado en lo que decía porque realmente lo estaba. Me encantaba el sonido de su voz. Era profunda, ronca, llena de humo y promesas. Todavía quería follarse, por supuesto, pero Fiona era inteligente, interesante, educada, preciosa y con la que me resultaba muy fácil charlar. No era como la mayoría de las mujeres de mi mundo. Ella era, bueno... diferente.

Empezamos a jugar bajo la mesa y las cosas se pusieron interesantes. Deslizó su pie por mi pierna y empezó a frotar mi polla con él. Yo me quité el zapato y acaricié sus piernas y su coño. Estaba a punto de correrme cuando recordé que estábamos cerca de los baños. Le pregunté si quería reunirse conmigo allí y me dijo que sí, sin dudar. Terminé mi bebida y miré cómo la puerta se cerraba tras ella, luego observé el bar para cerciorarme de que nadie nos estaba prestando atención. Quedaban algunos tíos en el bar, emborrachando a aquellas chicas de vestidos cortos. Prostitutas. Coños baratos que no tocaría ni con un palo de tres metros. No importaba, estaban demasiado ocupados intentando echar un polvo para prestarme atención.

Mi polla estaba dura como una piedra cuando me levanté y me dirigí a los baños. Golpeé la puerta del aseo de mujeres y ella me abrió. Estaba de pie, sonriéndome con su tanga colgando de un dedo. El olor de su sexo llenó mi nariz, me hizo sonreír.

Me metí en el baño y cerré la puerta con llave. Me quité la corbata y la chaqueta y las colgué en la parte de atrás de la puerta, luego puse mis manos en las caderas de Fiona y la apoyé contra el lavabo. Me rodeó el cuello con sus brazos y unió sus labios con los míos. El beso fue largo y apasionado, un poco duro, como si no hubiera besado a nadie en mucho tiempo y tratara de recuperar el tiempo perdido. Me pasó la lengua por los labios y me la metió en la boca.

Deslicé mis manos alrededor de su cintura y apreté su redondo trasero, luego encontré la cremallera en la parte trasera del vestido y la bajé despacio mientras mordisqueaba su cuello y su hombro. Ella me jadeó en la oreja.

Llevaba un sujetador negro sin tirantes. No tardé en desabrocharlo y sus pechos redondos se liberaron. Tomé sus suaves globos y les di un apretón. Sus tetas estaban llenas y eran naturales. Sus pezones, largos y erguidos, como mi polla. Cuando le apreté los pezones, gimió dentro de mi boca.

Deslicé mis manos bajo sus muslos y la levanté para sentarla en el lavabo. Ella movió su trasero para tirar del vestido. Miré hacia abajo y sonreí. Su coño bien depilado estaba al borde del lavabo. No pude resistirme a arrodillarme para probar su jugosa bondad rosada.

—¿Qué estás haciendo? —suspiró.

—Probándote.

—Oh...

Fiona estaba brotando jugos cuando me arrodillé delante de ella y puse mis manos bajo sus piernas y le pasé la lengua por el clítoris. Saltó un poco y se rio. Apoyó sus manos en el lavabo

detrás de ella para estabilizarse mientras yo apoyaba sus piernas sobre mis hombros. Sus muslos se pegaron a mis oídos mientras la lamía como un cucurucho de helado desde el ano hasta el clítoris. Sus jugos fluyeron calientes y picantes sobre mi lengua. Los lamí como un gatito haría con un plato de leche y me tragué cada dulce gota.

—Dios... Nick... —gimió—. Voy... a... correrme...

—Hazlo, nena —dije, y seguí chupando su clítoris.

Levanté mis pulgares de debajo de sus piernas para separar sus labios. Su cavidad brillaba para mí. Cuando metí mi lengua en su interior, el cuerpo de Fiona tembló y derramó jugo como agua a través de una manguera, cubriendo mi boca, mejillas y barbilla con su maravilloso olor y sabor.

Eché la cabeza hacia atrás y se mordió el labio mientras se corría, arqueando el culo en el fregadero para presionar más contra mi boca. Lamí y chupé hasta que dejé de temblar. Me llevé las manos a la cara y me levantó.

—¿Quieres probar tu coño? —pregunté, rozando mis labios con los de ella. No respondió. Puso sus manos en mis mejillas y me tiró hacia ella, presionando sus labios contra los míos, probando mi boca con la suya.

—Tengo un sabor increíble —susurró.

Sus manos se deslizaron por mi pecho hasta mi cinturón. No podía esperar más. Me solté el cinturón, me desabroché los pantalones y dejé que cayesen hasta mis rodillas. Mi polla salió como la primavera.

—¡Vaya! —dijo Fiona sin aliento.

Me cogió la polla y me tiró hacia ella. Giró la cabeza alrededor de su cavidad para lubricarla, luego envolvió sus piernas alrededor de mi cintura y me atrajo hacia ella. Mi polla es larga y gruesa; demasiado grande para caber por completo dentro de la mayoría de las mujeres. Fiona no era una excepción. Su coño estaba tan apretado como un tambor, obligando a mi polla a deslizarse en ella lentamente, un poco cada vez. Podía sentirla extendiéndose para acomodarme. Aspiró aire entre los dientes y me dijo que no me detuviera. Se apoyó en sus manos y gimió mientras la empalaba centímetro a centímetro.

—Dios... tu coño está tan jodidamente apretado... —dije, apretando los dientes para combatir el fuego orgásmico que se encendía en mis pelotas.

Miré hacia abajo entre nosotros para ver mi polla deslizarse dentro y fuera de ella. Solo pude entrar hasta la mitad, pero fue suficiente para hacer que mis putos dedos se curvaran. Fiona continuó derramando sus jugos por toda mi entrepierna. Era una sensación increíblemente cálida que me excitaba aún más.

—Tu polla es... tan... jodidamente grande... —dijo, mordiéndome la oreja—. Fóllame fuerte... Nick... fóllame... fuerte...

Sus uñas se clavaron en mis hombros mientras golpeaba su coño. El aliento se le escapó en ráfagas. Jadeaba como un perro. En un momento dado, creí oír a alguien llamando a la puerta,

pero lo ignoré. Estaba a diez segundos de correrse. No iba a parar ahora.

—Oh... Dios... me estoy corriendo... Nick...

—Acompáñame, nena —dije, acelerando el ritmo de mis empujes. Mis pelotas estaban apretadas y en llamas. Podía sentir la lava fluyendo de mi interior mientras mi polla estaba a punto de estallar dentro de ella.

Llegamos en el mismo instante. Me clavó las uñas en los hombros hasta que me dolió, pero yo seguí golpeándola. Sus grandes tetas rebotaron entre nosotros. Sentí sus tacones clavándose en mi culo, empujándome. Empujé los dedos de los pies y apreté cada músculo de mi cuerpo mientras la llenaba con mi semilla. Dio lo mejor de sí misma. Podía sentir sus jugos calientes fluyendo sobre mi polla, empapándonos a ambos. Unos cuantos empujones más y nos congelamos por un momento, luego nos relajamos lentamente. Me retiré para mirarla a los ojos.

—Eso fue increíble —dije, besando sus labios.

—Sí —murmuró ella. Trató de sonreír, pero se mordió el labio. Me pareció ver lágrimas en sus ojos.

—¿Pasa algo malo? —pregunté.

—No, todo es perfecto —dijo con un suspiro. Echó un vistazo al desastre que habíamos hecho y comenzó a reírse—. Maldita sea, debería haberlo grabado con el móvil.

Fruncí el ceño, y luego puse los ojos en blanco cuando me di cuenta de que se refería a aquel vídeo sexual en el que follaba con la estrella de un *reality* televisivo cuyo nombre no podía recordar, pero cuyo trasero nunca olvidaría.

—Tal vez podamos grabarlo en vídeo la próxima vez —le dije, besándola de nuevo—. Bueno, eso si quieres que haya una próxima vez.

—Sí —exclamó, rodeándome el cuello con los brazos—. Eso me gustaría mucho.

## CAPÍTULO 5

### Fiona

Nunca antes había tenido un orgasmo que literalmente me hiciera temblar de la cabeza a los pies o uno que durara casi tanto tiempo y pareciera venir en olas. Las ondas de fuego orgásmico parecían bombear a través de mis venas y salir de mi vagina durante minutos. Me asomaba al clímax, apenas tenía tiempo de recuperar el aliento, y luego volvía a rozar el orgasmo. Era casi demasiado surrealista para ser verdad, como algo que se veía en una mala película porno.

Después, nos reímos como adolescentes mientras nos movimos en aquel espacio reducido. El Club Haven era bastante caro, así que incluso los baños del bar estaban llenos de gruesas toallas de mano apiladas en un estante. Pasé una bajo el agua caliente durante un minuto, y la usé para limpiarme. Estaba hecha un desastre pegajoso, pero me encantaba. Me sequé con otra toalla y cogí el tanga. Todavía estaba húmedo, pero tuve que ponérmelo para evitar que me salieran los jugos después del sexo.

Nick me miró con una sonrisa que parecía estar pegada en su rostro. Se limpió la polla y las pelotas con un paño húmedo y las metió en sus pantalones, como si las guardara hasta la próxima vez que las necesitara. Había una rampa de lavandería en la pared para las toallas usadas. Nos agarramos la nariz y nos reímos mientras dejábamos caer nuestras toallas por ella. Nick hizo un comentario de que se aseguraría de que la persona que hacía la colada recibiera una buena propina por la mañana.

—Voy a pedir una ronda de bebidas frescas —me dijo Nick cuando recogió su chaqueta y se metió la corbata en un bolsillo. Se inclinó para besarme suavemente en los labios—. Nos vemos en el reservado.

—Eso suena encantador —murmuré con un feliz suspiro que nos hizo sonreír a los dos.

Se escabulló por la puerta. Cerré la puerta tras él, luego me bajé el tanga y me senté en el inodoro para mear.

Mientras permanecía allí, con los codos sobre las rodillas y las mejillas descansando entre las palmas de las manos, cerré los ojos para pensar en lo que acababa de hacer. No solo había tenido un sexo increíble con un hombre que apenas conocía en el baño de un bar, sino que había cruzado la línea de la esposa fiel a la infiel.

Así es, era oficial.

Era como mi marido.

Ya no podía apuntarle con el dedo. Ya no podía hacerme la moral y mirarlo a los ojos con asco.

Vale, él me engañó primero y probablemente se había acostado con más mujeres de las que podría imaginar, pero eso no importaba. Ambos habíamos roto nuestros votos matrimoniales. El marcador se había nivelado por unos maravillosos minutos con Nick Patron.

Ambos éramos infieles, aunque Kyle lo había hecho primero y en repetidas ocasiones.

Mi abuelo era predicador pentecostal y uno de sus dichos favoritos era: «los pecados de uno no excusan los pecados de otro».

«Amén, abuelo. Amén», pensé.

Mientras estaba sentada en el baño esperando que el esperma de otro hombre se escurriera de mi interior, no sentí ninguna culpa; al menos, no en la medida en que lo habría hecho hace años, antes de saber que Kyle nunca me había sido fiel. Tampoco tenía remordimientos por lo que había hecho, aunque me preguntaba si no habría sido demasiado rápida al tener sexo con Nick. Pero como dije antes, el hecho de que viera a Kyle engañándome con mis propios ojos el mismo día que conocí y coqueteé descaradamente con otro hombre tuvo que ser más que una coincidencia. Nunca había coqueteado con nadie más que con mi esposo, y no estaba segura de por qué coqueteé con Nick ese día en particular. Era como si una vocecita dentro de mi cabeza me empujara porque sabía algo que yo desconocía. Era casi como si nuestra cita estuviera destinada a ser.

De pronto, mi bolso vibró. Lo cogí y saqué el móvil. Era Kyle. Dudé por un momento, y luego no pude resistirme a contestar su llamada. Me moría por escuchar lo que el muy hijo de puta tenía que decir en su defensa. También me moría por decirle que me había follado a otro en un baño público. Y no a cualquiera, sino a un hombre al que odiaba. Su viejo archienemigo: Nick Patron. Si Kyle fuera Batman, yo acababa de follar con el Joker. Aunque, en realidad, la analogía funcionaba mejor al revés.

Contesté y exclamé de malos modos:

—¿¡Qué!?

—¿Fee? ¿Fee? ¿Dónde estás? —Había un aire de desesperación en su voz que me hizo fruncir el ceño. Nunca antes había oído a Kyle tan agitado. Repetía mi nombre en un tono suplicante—: ¿Fee? ¿Fee? ¿Estás ahí?

—¿Qué quieres, Kyle? —le pregunté con rencor—. ¿Ya te has cansado de Wendy Lowenstein?

—Fee, es mi madre. Ha tenido un ataque al corazón —me dijo, con la voz entrecortada. Me di cuenta de que estaba llorando—. Está mal, Fee. Te necesito. Mamá te necesita. Por favor. Tienes que venir al hospital Memorial enseguida.

## CAPÍTULO 6

### **Nick**

Me senté de nuevo en el reservado y saludé a la camarera que me miraba desde el bar. Le pedí otra ronda y le dije que cerrara mi cuenta y añadiera una propina de cien dólares para ella y otros cien para el camarero. Me sonrió un poco y dudó un momento, como si esperara que le pidiera algo más. Cuando no dije nada, se fue a buscar las bebidas.

Viéndola alejarse, intenté recordar si me la había tirado en algún momento del pasado. Era digna de serlo, con aquellos grandes ojos marrones, buenas tetas y un culo como el de la Kardashian, pero estaba en blanco. Eso no significaba que no me la hubiera tirado. Solo que no había sido lo suficientemente memorable como para recordarlo.

Ahugué un bostezo con el dorso de la mano y saqué el teléfono de mi chaqueta. Pensé en revisar mis mensajes mientras esperaba que Fiona saliera del baño.

En los viejos tiempos, mi correo electrónico y mi buzón de voz habrían explotado con correos basura, llamadas y solicitudes, pero hoy los únicos que llegaban eran revisados, marcados y reenviados por mi asistente personal, Jenna. Y como muy pocas personas tenían mi número, rara vez recibía llamadas o mensajes de voz.

Jenna era la sobrina de Jesse y la que organizaba mi vida y me mantenía al día. Era como de la familia y confiaba en ella por completo. Desde que la dejé tomar el control de mi agenda y mis comunicaciones, mi vida se había vuelto mucho más fácil y me había permitido hacer cosas más productivas. Como sentarme en un bar, a la hora de cerrar, esperando a que la mujer con la que quería pasar la noche saliera del baño.

No había nada en mi móvil que requiriera mi atención a la una de la mañana. Estaba a punto de cerrar la sesión de correo electrónico y apagar el teléfono cuando se me ocurrió algo.

Abrí un nuevo mensaje de correo electrónico y escribí la dirección de Jenna. En el espacio reservado para “asunto”, puse: «Comprobación de antecedentes (Privado)».

En el cuerpo del correo electrónico escribí: «Jenna, A primera hora del lunes, por favor, comprueba los antecedentes de Fiona Cassidy (con una K), relaciones públicas del Fondo de Rescate de Animales del Noreste. Resultados, solo para mis ojos. Gracias. NP.»

La camarera regresó con nuestras bebidas antes de que Fiona saliera del baño. Puso las bebidas en la mesa y me hizo firmar la cuenta, luego me dio las gracias y se fue sin miramientos ni expectativas esta vez. Miré mi reloj mientras recogía mi bebida. Habían pasado quince minutos desde que dejé a Fiona sola en el baño. ¿Cuánto tiempo tardaba una mujer en arreglarse el pelo y orinar? Probablemente estaba preocupada por su pelo y su maquillaje, lo cual era innecesario ya

que planeaba estropearlos de nuevo tan pronto como entráramos en la parte de atrás de mi limusina. Entonces, los pequeños pelos de mi nuca comenzaron a cosquillear. Algo se me escapaba. Algo que estaba seguro de que no me iba a gustar.

Salí del reservado y volví al pasillo. La puerta del baño de mujeres estaba cerrada. Llamé, pero Fiona no respondió. Giré el pomo y abrí la puerta. El baño estaba vacío. Salí del baño justo cuando la camarera entraba para usarlo. Prácticamente nos chocamos. Puso sus manos en mi pecho y se lamió los labios, como si pensara que yo había orquestado su encuentro allí.

—Lo siento, mi amiga estaba dentro —le dije, dando un paso atrás. Señalé con la cabeza el otro lado del pasillo, el que se alejaba de la entrada del bar—. ¿Por casualidad hay alguna otra salida?

Suspiró con decepción y respondió:

—Sí, al final del pasillo, gira a la derecha y podrás salir por la cocina.

—Bien, gracias —le dije. Debí sonar decepcionado porque me preguntó si estaba bien y si podía hacer algo más por mí. Ignoré su último coqueteo, le respondí que estaba bien y volví al bar.

Confundido y enfadado, volví al reservado, terminé nuestras copas y, luego, saqué el teléfono antes de recordar que no tenía el número de Fiona. Y aunque lo tuviera, ¿qué iba a hacer? ¿Llamarla y felicitarla por ser la primera tía que me follaba y me dejaba tirado en la misma noche?

Esa era, normalmente, mi manera de tratar a las mujeres.

Y no me gustaba nada estar a ese otro lado de la ecuación.

Mierda, ni siquiera tenía ganas de ver a las gemelas rusas nunca más.

Joder.

## CAPÍTULO 7

### Fiona

Por el tono de la frenética llamada de Kyle, llegué al hospital esperando encontrar a Ramona Cassidy en su lecho de muerte. En vez de eso, la mujer se hallaba sentada en una cama, en la sala de urgencias, sonriendo y charlando como si no le hubiera pasado nada. Todavía llevaba puestos el vestido y las joyas que había lucido en el baile benéfico. Lo único que se había quitado eran sus caros zapatos, que ahora estaban apoyados en los pies de la cama donde podía verlos.

Ramona Cassidy siempre había sido vibrante y extrovertida. Se llamaba a sí misma la «personalidad de la familia». Era una afirmación de lo más apropiada, dado que su marido —Edward— tenía el sentido del humor de un guardia de prisiones y una expresión seria permanentemente pegada a su cara, y su hijo —Kyle— bueno... ya hemos hablado bastante de sus defectos, ¿no?

Rubia, guapa y pechugona, en su juventud, Ramona trabajó durante un tiempo como modelo de cosméticos y había envejecido bien gracias a los tratamientos diarios de *spa* y a uno de los mejores cirujanos plásticos de la ciudad. A los sesenta y ocho años, y ya con el cabello gris azulado, siempre iba perfectamente peinada y su maquillaje, impecable, incluso a la una de la mañana. Se mantenía en forma, decía que hacía ejercicio con un entrenador personal tres veces a la semana, y dada la inclinación de su familia por el sexo —Edward era un notorio mujeriego—, me hacía una idea bastante buena de lo que eso significaba. Ramona adoraba a su hijo y ambos estaban muy unidos, fuertemente conectados por una especie de cordón umbilical invisible.

Aún así, mi suegra me caía bien. Al principio, no le entusiasmó que Kyle se comprometiera conmigo, y le instó a que se casara con alguna chica de la alta sociedad o con la hija de un amigo, pero con el tiempo llegó a valorar mi honestidad y lealtad. Creo que también me respetaba por aguantar a su hijo porque sabía que podía ser el mayor gilipollas del mundo.

Ramona estaba como siempre cuando abrí la puerta y me la encontré mucho más viva que muerta. Le encantaba ser el centro de atención, incluso en estas circunstancias. Estaba riendo y bulliciosa, incluso con un tensiómetro en su brazo y un médico, junto a la cama, que la miraba con expresión severa.

—Fiona, querida, gracias a Dios que estás aquí —exclamó ella con dramatismo, abriendo los brazos como si se hallara interpretando un aria en el Met. Movi6 sus dedos para hacerme señas—. ¿D6nde has estado?

—Ultimando algunos detalles de la gala de esta noche —le dije, yendo a su lado para tomarle la mano.

Edward y Kyle permanecían al otro lado de la cama. Edward tenía una mirada de profunda



preocupación en su rostro cansado. La expresión de mi marido pasó de la preocupación a la ira cuando me vio. El médico dejó de hablar un instante para que nos saludáramos. Danny O, de pie en una esquina, tenía los brazos como si le hubieran encargado vigilar a la familia real.

—¿Está usted bien? —le pregunté, apretando su mano. Busqué respuestas en el médico—. ¿Qué ha pasado?

—Está agotada —exclamó Edward con su voz generalmente sombría, sacudiendo la cabeza. Aquel hombre tenía un billón de dólares en activos, una esposa que lo adoraba y un ejército de amantes a su servicio. A menudo, me preguntaba por qué era tan miserable.

—Sufrió un ataque al corazón —dijo Kyle. Sus ojos se fijaron en los míos—, después de que la dejaras en la gala benéfica.

—No la dejé allí —respondí a la defensiva—. Tus padres se habían marchado antes que yo me fuera.

—Tuve un pequeño episodio de camino a casa, en el coche —me dijo Ramona, dándome unas palmaditas en la mano y sonriéndome. A continuación, le hizo un gesto al doctor—. Solo noté que me faltaba un poco de aliento, eso es todo.

—La falta de aliento era un síntoma del ataque al corazón que estaba experimentando, señora Cassidy —le explicó este, sosteniendo su ficha médica—. Usted tiene lo que se llama Insuficiencia Cardíaca Congestiva. Su corazón no pudo mantener la demanda de sangre de su cuerpo. La opresión en el pecho y la falta de aire eran signos de ello.

—¿Cómo puede ser? —preguntó Edward, mirando altanero al médico, como si el hecho de que su esposa tuviera un ataque al corazón fuera algo demasiado común para alguien de su posición—. No tiene antecedentes de enfermedades cardíacas.

—El ataque de la señora Cassidy fue causado por una acumulación de depósitos de grasa en las arterias, llamada placa —expuso el doctor—. Lo que puede reducir el flujo de sangre y provocar un ataque al corazón. Si se forma un coágulo y bloquea completamente el flujo de sangre a esa parte del músculo cardíaco, se produce un ataque al corazón, como fue su caso.

—¿Así que tenía las arterias bloqueadas? —pregunté, tratando de traducir sus palabras a términos sencillos que todos pudiéramos entender.

—¿Arterias bloqueadas? Oh, ¡por favor! —Ramona tenía un aire de condescendencia en su voz, como su marido, como si una arteria bloqueada estuviera, de alguna manera, por debajo de su nivel—. Nunca he tenido problemas de corazón. No fumo. Apenas bebo...

Edward se aclaró su garganta y desvió la vista hacia otro lado, por lo que Ramona lo miró con desprecio.

—¡¡No lo hago!!

—No tiene que fumar o beber para sufrir un bloqueo —dijo el médico. No estaba segura de por qué, pero el doctor me miró mientras explicaba el problema, como si yo fuera la única capaz de entenderlo. Ilustró su explicación presionando tres dedos en su pecho—. Hay tres arterias que conducen al corazón. Una de sus arterias está bien, pero las otras dos están bloqueadas.

—¿Mucho? —le pregunté.

—Una tiene un bloqueo del 70% y la otra del 50.

—Pero me encuentro bien —aseguró mi suegra, sosteniendo una mano en su pecho. Me miró con ojos suplicantes, como si no la creyera—. De verdad, Fiona, estoy bien.

—Entonces, ¿qué hacemos? —interrogué al doctor mientras apretaba la mano de Ramona, que estaba fría como el hielo—. ¿Puede tratarla con medicación o necesitará cirugía?

El médico se metió el expediente bajo el brazo. Puso las palmas de las manos a los pies de la cama y miró a Ramona, de una forma tan seria, que hizo que sus dedos se apretaran alrededor de los míos.

—Podríamos probar la medicación, pero creo que solo estaríamos posponiendo lo inevitable.

—¿Lo inevitable es otro ataque al corazón? —pregunté.

Asintió con la cabeza.

—Sí, y quizás uno mucho más serio.

—Y, ¿en qué consiste la cirugía? —preguntó Kyle, mirando con cautela al doctor.

Mi marido se acercó más a la cama, justo frente a mí, para sostener la otra mano de su madre. Sus ojos estaban rojos, pero no sabía si era por el llanto, la bebida o el hedor del coño de Wendy. Casi me dio pena el muy hijo de puta. Casi.

El doctor nos lo explicó:

—Haremos lo que se llama una angioplastia, es decir, una pequeña incisión en la zona de la ingle e insertamos un catéter con un globo en la punta y lo llevamos al corazón. Ponemos un stent, un pequeño tubo de malla, sobre la punta del globo y dirigimos el catéter a la arteria bloqueada. Luego, inflamamos el globo para abrir la arteria, lo que también expande el stent, que se bloquea para mantener la arteria abierta, permitiendo que la sangre fluya de nuevo. Desinflamamos el globo, quitamos el catéter y dejamos el stent en su sitio.

—Es increíble lo que pueden hacer ahora —alabó Ramona, forzando una sonrisa para Kyle y Edward, que parecían mucho más preocupados que ella.

El médico metió las manos dentro de los bolsillos de su bata blanca y sonrió.

—En realidad, es muy sencillo, señora Cassidy. Las posibilidades de que algo salga mal son mínimas. Es un procedimiento relativamente rutinario hoy en día. Solo tardaremos un par de horas y se hace con anestesia local, por lo que el tiempo de recuperación es ínfimo.

Sentí que los dedos de Ramona se doblaban alrededor de los míos.

—¿Y cuándo lo harían?

El doctor dejó que sus delgados hombros subieran y bajarán.

—Tan pronto como podamos programarlo. —Miró su reloj. Todos lo hicimos. Eran casi las dos de la mañana. Levantó las cejas y se frotó la barbilla—. Necesitaré hablar con el cardiólogo,

así podrá programarlo.

—¿Cardiólogo? —gruñó Edward.

—Sí —dijo el médico—. Tenemos un cardiólogo de planta, el doctor Patel. Ha hecho cientos de...

—Creo que antes deberíamos consultarlo con nuestro médico de cabecera —comentó Edward, mirando al médico como si hubiera dicho una tontería. Luego, se giró hacia Ramona y le puso una mano en el hombro—. Estoy seguro de que Brooks se ofendería si no se le mantuviera informado, querida.

—¿Brooks? —preguntó el médico.

—El doctor Brooks Benton —le dijo Edward—, nuestro médico de cabecera. Me gustaría saber su opinión antes de que le hagan algo a mi esposa. Si le comentamos su diagnóstico, seguro que nos recomendará al mejor cardiólogo de la ciudad.

—Está en su derecho, por supuesto, señor Cassidy —respondió el doctor, frunciendo el ceño. Miró fijamente a Edward un instante y, luego, a mí—. Sin embargo, el tiempo es esencial. Esto no es algo que deba posponerse.

—Llamaré a Brooks ahora mismo —dijo Edward, buscando su teléfono dentro de su chaqueta.

Ramona le agarró el brazo.

—Oh, no, no hagas eso. Se pondrá furioso si lo despiertas en plena noche. Llámalo por la mañana.

—Esto no puede esperar —exclamé con fuerza. Le lancé a Edward una mirada dura—. Llámelo. Ahora mismo.

Refunfuñó mientras se ponía las gafas y se alejó para despertar a su médico de madrugada.

—Supongo que la ingresarán esta noche, con independencia de quién sea el que se haga cargo de la operación, ¿no? —pregunté.

—Eso sería lo mejor —me dijo con una sonrisa que pensé que estaba fuera de lugar.

De pronto, lo sorprendí mirándome el escote y recordé que todavía llevaba el vestido negro y el tanga que se me había secado hasta formar una película crujiente entre mis piernas. También había olvidado comprobar cómo tenía el cabello y el maquillaje antes de salir corriendo del baño después de follar con Nick. Me preguntaba si el galeno sabía lo que había estado haciendo. ¿Acaso olía a sexo? ¿Podrían notarlo los demás? Me encontré, de repente, cohibida y deseando escapar de allí. Apreté los muslos con la esperanza de contener mi olor.

—¿Quieres ingresarme? —La voz de Ramona se tiñó de miedo, como si no hubiera considerado el hecho de que tendría que permanecer en el hospital hasta que realizaran la operación.

—Tranquila, mamá —le dijo Kyle, poniendo una reconfortante mano en su hombro.

Kyle era un marido de mierda, pero siempre fue un hijo obediente. Frunciendo el ceño, se

dirigió al doctor:

—¿Es necesario? ¿Que se quede aquí toda la noche?

—Señor Cassidy, su madre ha tenido un ataque al corazón —exclamó el doctor incrédulo—. Precisa estar conectada a un monitor cardíaco con oxígeno y medicación hasta que se pueda realizar la intervención. Y deberá quedarse, al menos, un día después para que podamos monitorear el éxito de la operación.

—Oh, odio los hospitales —se quejó Ramona—. No soporto la horrible comida que sirven en estos sitios. Y no quiero compartir habitación con alguien que no conozco —empezó a susurrar con frenesí. Su cara redonda se sonrojó y pequeñas gotas de sudor surgieron sobre su labio superior. Miró a Kyle, y luego a mí, con grandes lágrimas en los ojos.

—Oh, Fiona, por favor, no dejes que me hagan esto.

—Ramona, ya ha oído lo que ha dicho el doctor —murmuré, dándole una palmadita en la mano—. Debería quedarse para que puedan monitorearte hasta que la operación termine.

Miré al doctor y le pregunté:

—¿Puede tener una habitación privada y hacer que le traigan comida?

—Deberá hacer dieta el resto de su vida, sin alimentos grasos y baja en sal —dijo el doctor—. Estaré encantado de hablar con su chef privado para explicarle los pormenores.

—¿Cómo sabes que tiene un chef privado? —preguntó Kyle sospechosamente.

—Porque la gente como ella siempre lo tiene —respondió el doctor—. Voy a empezar con el papeleo para que la admitan. Dígame el nombre de su cardiólogo, cuando lo sepa, para que pueda consultar con él.

—Gracias, doctor —le dije.

Me lanzó un guiño y, luego, se despidió con un gesto de cabeza antes de salir por la puerta.

Me incliné para darle a Ramona un abrazo tranquilizador.

—Escuche, va a ponerse bien. La llevarán a una habitación privada y podrá descansar hasta que su médico llegue mañana.

—Lo sé, querida —me dijo, con una débil sonrisa pese a las lágrimas. Me dio una palmadita en la mano—. Vete a casa y descansa un poco. Debes estar exhausta después de la noche que has tenido. Y no te preocupes, estaré bien. Le diré a Kyle que te llame tan pronto como la operación esté programada.

—¿Está segura de que no quiere que me quede con usted? —le pregunté.

Miró a Kyle y apartó la mano de la suya.

—Kyle, ve a ver a tu padre.

Él frunció el ceño, pero luego se dio la vuelta y salió. Cuando la puerta se cerró tras de él, Ramona me apretó la mano otra vez y me miró con complicidad.

—Vete a casa, querida, y date un buen baño caliente. —Me miró con picardía y bajó la voz para susurrarme—: Apesta a sexo.

Pestañee un momento, luego le besé la mejilla y le dije que descansara.

Salí al pasillo justo cuando Edward volvía. Cerré la puerta tras de mí y pregunté:

—¿Ha hablado con su médico?

Edward guardó el móvil en su chaqueta y suspiró.

—Sí. Está en Antigua hasta el domingo por la noche. Vendrá a ver a Ramona a primera hora, el próximo lunes.

—¿Cree que es eso prudente? —inquirí yo—. Eso supondría esperar dos días. ¿No le parece que sería mejor que el cardiólogo del hospital se hiciera cargo de la intervención y la operaran dentro de unas horas?

Me lanzó esa mirada suya, que me había dirigido durante diez años, y negó con la cabeza.

—Brooks me dijo que llamará al médico de urgencias para informarse de la situación. No cree que las cosas sean tan graves como afirma ese joven recién graduado de la facultad de Medicina que tienen trabajando aquí. Estoy seguro de que Ramona estará bien hasta que Brooks llegue.

—La van a admitir ahora —le expliqué, poniendo una mano en su brazo antes de que abriera la puerta—. Ella necesita descansar y usted, también. Cuando la instalen, debería irse a casa y dormir un poco.

—No puedo dejarla, Fiona —murmuró, rozando con un nudillo su nariz. Me pareció distinguir lágrimas en sus ojos, aunque se giró para que no pudiera verle limpiárselas.

Vi el rostro de Edward Cassidy envejecer en cuestión de segundos. Aunque tenía casi setenta años, seguía siendo fuerte, vibrante y duro como un clavo. Pero, en ese momento, parecía un hombre mayor y cansado. Estaba luchando por mantener la compostura. Se aclaró la garganta y puso la mano en la puerta. No me miró cuando dijo:

—Haré que Kyle me traiga algo de ropa. Estaré bien.

Posó una mano en mi hombro y me agradeció el haber acudido. Se inclinó para besarme la mejilla. Dudó un momento, luego se echó hacia atrás y se aclaró la garganta. Fue demasiado discreto como para mencionar que yo olía como una casa de putas un sábado por la noche. Me miró de forma regañona y juguetona, y luego entró para estar con su esposa.

Kyle se apoyaba contra la pared con los brazos cruzados. Me miró mientras hablaba con su padre, y sus ojos me recorrieron de arriba abajo. Danny O estaba de pie junto a él, mirándome fijamente. Los observé un instante, luego me di vuelta y me dirigí por el pasillo en la dirección opuesta.

—Eh, espera —me gritó Kyle, corriendo para tratar de alcanzarme.

Miré por encima del hombro, pero no me detuve hasta que llegué a un ascensor a la vuelta de la esquina. Presioné el botón de bajada y sostuve mi bolso sobre mi entrepierna, como si eso

ayudara a enmascarar el aroma que flotaba desde allí.

—No tengo nada que decirte, Kyle —espeté, con la vista fija en el indicador del ascensor.

Estábamos en el tercer piso y este descendía lentamente desde el décimo.

—Pues yo sí —exclamó enfadado.

—Baja la voz —le pedí, mirando a las chicas que estaban detrás de nosotros, trabajando en el puesto de enfermeras, y fingían no escucharnos.

—¿Dónde has estado? —me susurró, aunque demasiado alto—. Parece que acabas de salir de un contenedor de basura.

—Oh, de eso sabes tú mucho —le dije, echándole una mirada de reojo—. Apesta a Wendy.

—Mira quién habla —exclamó, inclinándose y olisqueándome—. Apesta a sexo. —Entrecerró los ojos como si tratara de leerme la mente—. ¿Dónde has estado? ¿Y con quién?

—No es asunto tuyo —le respondí con los ojos en el indicador, viendo el ascensor descender lentamente.

Todavía faltaban dos pisos más. Apreté los dientes y traté de mantener la compostura. Hubiera sido tan fácil gritar, llorar y darle una patada en las pelotas.

—Sí, claro que es asunto mío —me aseguró—. ¡Eres mi esposa!

—No por mucho tiempo.

—¿Qué significa eso?

—Que me voy a divorciar, Kyle —exclamé—. Ahora, me voy a ir a casa a darme un baño caliente y a dormir bien y, el lunes, llamaré a un abogado y solicitaré el divorcio.

—Nah, qué va —contestó, ufano—. Tenemos un acuerdo prematrimonial. Si te divorcias de mí, no obtendrás nada. No estás hecha para vivir en la calle, querida. Te irás sin nada. ¿Me oyes? Nada.

—No, no creo —dije mientras las puertas del ascensor se abrían.

Entré y presioné el botón del vestíbulo.

Kyle puso la mano en la puerta para evitar que se cerrara.

—¿Qué significa eso?

—Pues que seré justamente recompensada por soportarte durante estos diez años —respondí, apretando los dientes—. Se te presentará un acuerdo justo y lo firmarás.

Se burló de mí.

—Ah, sí, ¿y por qué haría eso?

—Porque si no lo haces, volveré a la habitación y les diré a tus adorados padres lo mentiroso, tramposo y pedazo de mierda que es su querido hijo. Y, luego, llamaré a los de Hacienda y al Fiscal del Estado para que investiguen las tarifas de propinas que has estado

cobrando a tus clientes desde hace años.

La sonrisa burlona de Kyle desapareció de pronto de su cara. Se puso serio y me miró fijamente.

—No te atreverías.

—Pruébame —dije. Señalé con un gesto el brazo con el que bloqueaba la puerta—. Ahora, quita y no vuelvas al ático este fin de semana. Tendré tu ropa lista para que te la lleves el lunes. No volverás al ático. ¿Me has entendido?

—¿De qué coño estás hablando? No puedes echarme de mi propia casa.

—Veremos quién se la queda en el acuerdo de divorcio —dije—. Hasta entonces, no vuelvas por allí. Ahora, regresa a la habitación y reconforta a tus padres como el niño bueno que ellos creen que eres.

Dio un paso atrás y me miró, aturdido, hasta que las puertas se cerraron. Me apoyé contra la pared y respiré hondo. Miré el reloj. Eran casi las tres de la mañana. Ramona tenía razón. Necesitaba un baño caliente y una buena noche de sueño.

Cuando salí al aire fresco de la noche y me metí en la parte trasera de un taxi, no pude evitar preguntarme qué estaría haciendo Nick Patron. Y con quién lo estaría haciendo.

## CAPÍTULO 8

### Nick

A pesar de que estaba exhausto y un poco borracho, no dormí bien. Volví a casa a eso de las dos, me desnudé y me dejé caer en la cama sin ducharme siquiera. Aunque me dormí enseguida, las imágenes de Fiona y yo follando en el baño del Club Haven siguieron dando vueltas por mi mente. Me desperté varias veces con erecciones palpitantes que sabía que mi propia mano no podrían satisfacer. Intenté masturbarme, pero no sirvió de nada. Era como si mi polla dijera «lo siento, tío, esta no es para ti». Finalmente, me cansé y me volví a dormir.

Cuando el sol que entraba por las ventanas me despertó justo después de las ocho, aparté las mantas, me estiré y bostecé. Eché un vistazo a mi polla, que dormía flácida contra mi pierna. La muy hija de puta me mantuvo despierto por la noche y, ahora, quiere dormir... Joder.

Salí de la cama y me metí en la ducha, haciendo una pausa antes para cepillarme los dientes y mirarme al espejo. Me veía tan agotado como me sentía. Por suerte, era uno de los pocos sábados en los que no tenía nada planeado, así que me ducharía, prepararía una taza de café fuerte y, tal vez, saldría a correr para que mi cuerpo recuperara el ritmo.

Abrí el agua y el baño se llenó rápidamente de vapor. Me metí bajo la ducha y retrocedí, dejando que los chorros me golpearan el cuello y los hombros, pues los tenía rígidos. Cerré los ojos. Ahí estaba otra vez. Fiona Cassidy, con K, con su pequeño vestido negro y su cuerpo de infarto que me hacía deseársela con desesperación. Era evidente que no podía deshacerme de ella, por lo que me dejé llevar y bajo el chorro de la ducha me masturbé pensando en ella.



Me sentí mucho mejor después de la ducha y la liberación de la tensión de mi polla. Todo mi cuerpo se sintió más relajado, refrescado. Es increíble lo que una buena masturbación puede hacer por ti. Me puse un par de vaqueros andrajosos y un polo negro, agarré mi portátil y fui descalzo a la cocina. Mientras la cafetera llenaba la estancia con el aroma de un fuerte café colombiano, puse el portátil en la barra y revisé mi correo electrónico. Jenna, como siempre, ya lo había revisado y filtrado todo lo que no requería mi atención personal. Escaneé los *emails* que habían pasado los filtros de Jenna. No había nada que necesitara atención inmediata, entonces vi la respuesta de Jenna sobre la revisión de antecedentes de Fiona.

Abrí el correo electrónico para leer su rápida respuesta. «Haré una completa revisión de antecedentes a primera hora del lunes. Que tengas un buen fin de semana. J.»



Me aparté del ordenador un momento para llenar una taza con el café. Mi estómago gruñó. Abrí el armario y saqué una caja de Pop Tarts de fresa. Jesse siempre se burlaba de mi vicio por las Pop Tarts. Básicamente me alimenté de ellas cuando fui demasiado pobre para comprar comida de verdad. Y no importaba cuán rico me volviera, nunca perdería mi pasión por las Pop Tarts de fresa. La diferencia era que, ahora, en vez de contar con una caja de Pop Tarts que me durara una semana, tenía un armario entero que solo contenía Pop Tarts de fresa.

Me senté de nuevo ante el portátil y abrí la caja. No me molesté en tostarlas. Las prefería frías. Mordí una por la mitad y volví a prestar atención a la pantalla del ordenador.

—Muy bien, Fiona Cassidy —dije, abriendo un navegador y escribiendo su nombre en la barra de búsqueda.

Mi dedo estaba a punto de pulsar la tecla Enter cuando sonó el timbre. Miré hacia la puerta principal y fruncí el ceño. Vivía en el vigésimo piso de uno de los edificios más seguros de la ciudad. El protocolo era que los visitantes permanecieran en el vestíbulo hasta que los guardias de la recepción llamaran y me preguntaran si quería que el visitante subiera. Solo los que estaban en mi lista de visitas autorizadas podían subir sin anunciarse, y era una lista muy corta que incluía a Jesse, Jenna y las gemelas rusas.

Dejé la taza sobre la mesa y me limpié las migas de las manos al ir a la puerta. Me asomé por la mirilla. Lo que vi me hizo sonreír. Respiré hondo y abrí la puerta.

—Vaya, esto sí que es una sorpresa —exclamé, mirando a Fiona de arriba a abajo.

Llevaba vaqueros, un top rojo de manga corta y zapatillas de deporte. Su cabello iba recogido en una cola de caballo. Tenía la cara fresca, con muy poco maquillaje. Y llevaba una caja de donuts en las manos.

—Quería disculparme por haberme ido así anoche —me dijo, sosteniendo la caja—. Esperaba que me dejaras explicarme.

—Nada dice «lo siento» mejor como una caja de Krispy Kreme —afirmé, olisqueándolos. El dulce olor de los donuts recién hechos llenó el aire. Elevé las cejas—. Sabores variados, supongo.

—Por supuesto.

—¿Relleno de crema?

—Ajá.

Me hice a un lado y la invité a entrar, con un gesto de la mano.

—Acabo de hacer café. Pasa.

## CAPÍTULO 9

### Fiona

Cuando llegué a casa del hospital, me quedé ante la puerta de mi habitación durante un buen rato, mirando la cama donde horas antes había visto a mi esposo follarse a una de sus empleadas. Podía cerrar los ojos y seguir viéndolos allí. Podía oír los gruñidos de Kyle y los jadeos y gemidos de Wendy. Podía verla a ella tirarse de los pezones y la cara de Kyle mientras se corría. Después de un momento, apagué la luz y cerré la puerta. El lunes, haría que quemaran el colchón, la ropa de cama y que fumigaran la habitación. Esta noche, dormiría en el cuarto de invitados.

Estaba acostumbrada a dormir sola. Kyle viajaba mucho. Y a menudo se quedaba a dormir con mujeres de las que no debía saber nada. Al principio me molestaba dormir sola, pero últimamente había llegado a saborear esas noches en las que él no estaba tumbado a mi lado, roncando, dando vueltas y vueltas, rodando hacia mí con su triste excusa de una erección, frotándola contra mi trasero hasta que se corría en los calzoncillos.

Dormí como un bebé y me desperté con la energía renovada de un nuevo día, como si desprenderme de Kyle y de la vida que habíamos llevado juntos me hubiera hecho más ligera, me hubiera liberado. Me duché, me sequé el pelo y, luego, llamé a Kyle para ver cómo estaba su madre.

—Se encuentra bien —me dijo. Parecía cansado. Mencionó que aún no se había ido a casa. Creo que su dedicación por su madre pretendía impresionarme. No lo hizo—. Está en una habitación privada. Papá no se apartará de su lado. Envié a Danny a recoger algunas cosas para papá. Necesito una muda de ropa, Fee. ¿Puedo ir a casa?

—Te he dejado las maletas en el vestíbulo con la mayor parte de tu ropa —le contesté.

La había recogido y enviado por el ascensor privado cuando llegué a casa. Era algo que tenía que hacer de inmediato, como si dormir con sus cosas fuera del piso fuera algo primordial para poder descansar. Era una manera de eliminar toda esa energía y rabia acumulada, el meter su ropa cara en bolsas, tirarla en el ascensor y enviarla abajo. Avisé al portero nocturno y prometió guardarlas hasta que Kyle pudiera recogerlas.

—Necesito mis relojes y mis anillos —protestó—. Dios, y mis gemelos de diamantes. ¡Dime que no los has tirado!

—Todo eso está todavía en la caja fuerte. Puedes recogerlos el lunes —murmuré, tras un suspiro—. Ahora, dime, ¿cómo está tu madre? ¿Ha ido ya el médico?

Prácticamente oía rechinar sus dientes a través del teléfono. Después de un momento, me contestó:

—La están monitoreando y dándole medicamentos. El médico de urgencias sigue presionando para que el cardiólogo de planta la intervenga enseguida, pero papá no quiere oír hablar de ese asunto. Insiste en esperar hasta que su médico de cabecera vuelva el lunes.

—Podría estar cometiendo un error.

—Convéncelo de eso —dijo en voz baja—. Fee, escucha, siento lo que ha pasado. ¿No puedo ir? ¿Solo para hablar?

—No, Kyle, no puedes —respondí sin dudar—. Llámame si el estado de tu madre cambia. De lo contrario, dile que la veré pronto.

Estaba gritando cuando colgué. Probablemente, debería avergonzarme por la alegría que me produjo su ira. Sin embargo, agarré el bolso y, luego, fui a buscar a Nick Patron.



Encontrar la dirección de la casa de Nick no fue tan difícil. Llamé a mi amiga Mollie, que era una de las mejores agentes inmobiliarias de la ciudad. Si Nick Patron vivía en un apartamento caro en la ciudad, o en una mansión en el campo, Mollie lo sabría.

—Por supuesto que sé dónde vive Nick Patron —me dijo, como si fuera una pregunta estúpida—. Fue uno de los primeros vecinos del edificio Abbot, en el centro. Pagó 12,3 millones de dólares por un apartamento en el vigésimo piso. —Entonces, hizo una pausa—. ¿Por qué lo preguntas, Fiona? ¿Cuál es tu interés en Nick Patron?

—Acudió a la recaudación de fondos de anoche y se dejó su... paraguas. Solo quería devolvérselo.

—Ya. No recuerdo que lloviera anoche, Fiona —me dijo con retintín, sonriéndome en la pantalla de Facetime.

—Supongo que le gusta estar preparado —le respondí, conteniendo la gran sonrisa que me picaba en los labios—. Gracias, Moll. ¡Hasta luego!

Pasé por Krispy Kreme y recogí dos docenas de donuts variados. Entré en el edificio de Nick y sonreí dulcemente mientras dejaba los donuts en recepción. Dos guardias —que parecían poder comer su propio peso en donuts— me miraron; luego, a la caja y se relamieron los labios.

El más mayor de los dos me preguntó, detrás del escritorio con los pulgares en el cinturón.

—¿Podemos ayudarla en algo, señorita?

—Sí —contesté, batiendo las pestañas—. Soy amiga del señor Patron. Me pidió que le trajera un desayuno saludable. —Me incliné sobre el escritorio y bajando la voz, añadí—: Pero yo me dije, a la mierda con eso.

Me sonrieron. Sus ojos se abrieron de par en par cuando levanté la tapa de la caja. El aroma de los donuts frescos llenó el aire. El guardia se inclinó y olfateó.

—Así que pensé que... ustedes también podrían tener hambre.

—Eh, sí, siempre tenemos hambre —reconoció—. Pero déjame llamarle para asegurarme de que el señor Patron está en casa.

—Oh, no hace falta —le dije, con el móvil en la mano y moviéndolo para enseñárselo—. Acabo de hablar con él por teléfono. Sabe que voy a subir. Me dijo que lo hiciera enseguida. Me llamo Fiona Cassidy.

—Bueno, entonces, está bien —aceptó el guardia, frotándose las manos—. Suba.

—Gracias, chicos —exclamé, recogiendo una caja de donuts y dejando la otra.

Entré en el ascensor y presioné el botón del vigésimo piso. A medida que el ascensor ascendía, mi corazón empezó a acelerarse. No pude evitar preguntarme si Nick se alegraría de verme y si me dejaría entrar. Y si lo hiciera, ¿qué pasaría después?

## CAPÍTULO 10

**Nick**

Le serví a Fiona una taza de café y vi cómo le echaba azúcar y leche. Ella revolvió la bebida lentamente, de manera casual, tomándose su tiempo, luego golpeó la cuchara en el borde de la taza y la dejó a un lado. Abrió la caja de donuts en la barra de la cocina y sacó uno.

—Dios, me encantan los glaseados —dijo, gimiendo mientras masticaba—. ¿A ti no?

—A mí los que me vuelven loco son los rellenos de crema.

Saqué un donut cubierto de chocolate caliente y relleno de crema y lo mordí. La crema blanca rezumaba desde el centro. Usé la punta de mi lengua para lamerla.

Fiona me sonrió con aprobación, siguiendo el movimiento de mi lengua con sus ojos.

Lamiéndome los labios, pregunté:

—¿Adónde fuiste anoche?

Dejó el dulce y se chupó el glaseado de los dedos.

—Siento haberme escapado así. Es solo que, bueno... supongo que me asusté un poco.

—No tenías que huir —le aseguré—. Podrías haber pisado el freno, sin ánimo de hacer un juego de palabras.

—Eso no se me ocurrió en ese momento —admitió con una sonrisa. Se limpió los dedos en una servilleta y me miró a los ojos—. No fui completamente sincera contigo.

«Vaya», pensé. «Ahora me dirá que está casada o muriéndose de alguna horrible enfermedad o a punto de meterse en un convento. O, tal vez, todo lo anterior. Mierda. Cuando, por fin, conozco a una mujer que me interesa, sucede algo».

—¿Sincera respecto a qué? —le pregunté, temiendo su respuesta—. ¿Estás casada? ¿Sales con alguien? ¿Eres lesbiana y querías experimentar un poco con los tíos? ¿Qué?

Mantuvo la sonrisa un segundo y, luego, dejó que se desvaneciera.

—Estoy casada, pero separada. Voy a solicitar el divorcio el lunes. Lo eché de casa y le dije que no volviera nunca más. —Miró fijamente su taza—. Lo siento. Debería habértelo dicho.

Asentí pensativo y traté de no suspirar de alivio. Pregunté:

—¿Eso es todo?

Alzó la mirada.

—Eh... sí.

—¿Puedo preguntarte algo? Y debes ser completamente sincera conmigo.

Me miró con recelo.

—Sí, por supuesto.

Me acerqué a la barra ante la que ella se había sentado en un taburete alto. Abrió sus piernas y me moví para colocarme entre ellas. Puso sus manos en mi cintura y yo acuné sus mejillas con las mías. Mientras me inclinaba para besarle los labios, le pregunté:

—¿Te interesaría algo más relleno de crema?

Inclinó la cabeza hacia atrás y suspiró.

—Esperaba que me lo preguntaras.



Tomé a Fiona de la mano y la llevé a mi dormitorio. Esto no sería uno rapidito, como nuestro loco encuentro en el baño. Planeé tomarme mi tiempo con ella. Quería conocer cada centímetro de su increíble cuerpo. Y quería que se sintiera libre de explorar el mío. Si no salíamos de la habitación durante días, pues bien.

Nos reímos mientras nos quitábamos la ropa. Me saqué los vaqueros, los calzoncillos y la camiseta y me metí en mi cama con las sábanas desechas. Puse mis manos detrás de mi cabeza y vi a Fiona desnudarse. Se quitó los vaqueros y la camiseta para mostrar las bragas y el sujetador negros a juego. Su cuerpo estaba bronceado y tonificado. Cuando deslizó las bragas por sus largas piernas y dejó caer el sujetador, no tenía marcas de bikini. Solo la perfección de su color miel. Me imaginé que era un bronceado en aerosol, probablemente para la fiesta de anoche. Es igual. Los bronceados son como las tetas: las naturales son bonitas, pero las falsas sirven en un apuro.

Mi polla se puso dura inmediatamente al verla. Me acaricié despacio mientras mis ojos paseaban por su cuerpo. Sus ojos observaron el movimiento de mi mano sobre mi polla. Sus tetas eran grandes y naturales en su delgada estructura, con areolas oscuras y pezones gruesos y rosados que me recordaban a un biberón. Me lamía los labios en anticipación a tenerlos entre los labios.

—¿Te gusta lo que ves? —me preguntó, extendiendo juguetonamente sus brazos a los lados.

—Sí —le dije, mientras deslizaba la mano hacia arriba y abajo por mi polla. Señalé con la cabeza a mi pene—. ¿Y a ti?

—Sí —murmuró, poniéndose de rodillas a los pies de la cama, arrastrándose hacia mí como una sexy gatita. Se lamió los labios al acercarse a mi polla.

Dejé de tocarme y coloqué las manos detrás de mi cabeza. Mi polla estaba tan dura que me dolía, pulsaba de anticipación ante sus labios.

Puso su mano alrededor de la base de mi polla para mantenerla firme mientras bajaba los

labios sobre la cabeza, que parecía un hongo carmesí presionado por sus labios rosados. Incliné mi polla hacia mi estómago y pasó su lengua a lo largo de la parte inferior, desde mis pelotas hasta la punta, girando alrededor de la cabeza antes de deslizarla entre sus labios. Me quejé del intenso placer que me daban sus labios, del calor y la humedad de su boca, de la suavidad de su lengua. Abrí la boca para respirar y vi mi polla deslizarse dentro y fuera de sus hermosos labios.

Fiona comenzó a masturbarme por la mitad inferior de mi pene mientras movía la cabeza hacia arriba y hacia abajo. Lentamente, abrió los labios para dejar que mi polla se deslizara en su boca. Primero unos centímetros, luego un poco más. Contuve la respiración, preguntándome cuántos de mis veinticinco centímetros podían caber en su boca. Cuando mi polla golpeó la parte posterior de su garganta, no se atragantó. Solo cerró los labios alrededor del eje y retrocedió lentamente, chupándome, volviéndome loco.

—Dios... eres... realmente... buena en... eso —balbuceé, cerrando los ojos.

Contuve la respiración mientras me deslizaba de nuevo en su boca, y luego retrocedí despacio. Mis pelotas comenzaron a apretarse. Sabía que me correría si seguía haciendo aquello. No quería correrme en su boca, al menos no todavía. Quería hacerlo en su coño apretado hasta que explotara dentro de ella como un volcán. Quería sentir su coño ordeñándome, haciendo que me corriera.

Abrí los ojos y le sonreí. Ella me sonreía con la mitad de mi pene en su boca. Extendí los brazos y moví los dedos.

—Quiero estar dentro de ti —dije, sin aliento.

—Será un placer, señor Patron —contestó ella, soltando su agarre mientras se lamía los labios.

Se puso de rodillas para sentarse a horcajadas. Se metió entre nosotros y tomó mi pene en su mano y bajó su coño sobre mí. Puse las manos sobre sus caderas y vi cómo la cabeza de mi polla desaparecía dentro de ella. Sus ojos estaban cerrados. Se estaba mordiendo el labio, conteniendo la respiración.

—Dios... tu polla... es tan jodidamente... enorme —gimió. Se empaló en mi polla, metiéndola hasta que la cabeza se golpeó en el cuello del útero—. Ahí... justo... ahí...

La sujeté por las caderas para estabilizarla mientras empezaba a balancearla hacia adelante y hacia atrás, deslizando su coño chorreante sobre mi eje, lavando sus jugos sobre mí, deteniéndome cuando la cabeza estaba en su interior, y luego deslizándose de nuevo hacia abajo.

Me abrazó mientras le lamía sus tetas. Podía oír su respiración en mi oído, jadeando, gimiendo. Levantó mi cabeza y presionó sus labios contra los míos.

—Me voy a correr... Oh, Dios... Nick... Me voy a correr...

—Hazlo, nena —dije, sabiendo que no estaba muy lejos. Podía sentir el orgasmo construyéndose en mis pelotas, caliente, apretado. Doblé los dedos de los pies y apreté cada músculo de mi cuerpo. Arqueé mi espalda para levantarla en el aire. Mi polla se hundió más, haciéndola jadear.

—Joder... sí... sí... sí... —Fiona se agarró a mí al correrse, mientras sacudía la cabeza de un lado a otro, montándose. Cerró los ojos y soltó un gemido bajo que no terminó hasta que pasó el orgasmo.

Sentí como si cada nervio de mi cuerpo estuviera conectado a mi polla. Cuando alcancé el clímax, llenándola con mi semilla, el orgasmo me atravesó e hizo que todo mi cuerpo se estremeciera. Puse mis manos en sus caderas y la empujé tan lejos como pude. El orgasmo pareció durar minutos.

Cuando ambos estuvimos agotados, Fiona se bajó de mi regazo y puso sus labios en mi oreja.

—Ha sido increíble —susurró—. Me alegro de que no estés enfadado.

—Y yo de que hayas traído donuts —le dije sonriente—. De lo contrario, nunca te habría dejado cruzar por la puerta.



# CAPÍTULO 11

## Fiona

Nick y yo nos acurrucamos uno en brazos del otro sin decir una palabra; solo escuchándonos respirar. Apoyé la cabeza en su pecho y una mano en su estómago firme. Su cuerpo desnudo era cálido y reconfortante. Sus fuertes brazos se cerraron a mi alrededor y me hizo sentir segura y cálida por primera vez desde hacía años. Cuando su respiración se hizo lenta y pausada, cerré los ojos y enseguida me quedé dormida.

Cuando me desperté, estaba sola en la cama. Me estiré y bostecé mientras echaba un vistazo al reloj de la mesita de noche. Era casi mediodía. Había dormido como un bebé durante tres horas.

—Hola, dormilona —me saludó Nick cuando volvió al dormitorio llevando dos tazas de café y la caja de donuts de la cocina. Vestía solo unos bóxers negros y una sonrisa—. He hecho café. Me temo que el que dejamos en la otra cafetera se quemó.

—Valió la pena —le contesté, apoyándome en las almohadas y cubriendo los pechos con la sábana para que no se me pegaran las migas. Aunque si eso ocurría, estaba segura de que a Nick le encantaría lamerlas.

Me pasó la taza de café y puso la caja de donuts en la cama, luego se sentó a los pies de esta y cruzó las piernas.

—Me alegro de que estés aquí —comentó, cogiendo un donut relleno de crema y mordiéndolo. Se lamió la crema de sus labios y me sonrió—. Ahora, dime por qué has venido.

Soplé para enfriar un poco el café y le fruncí el ceño juguetonamente.

—¿Qué quieres decir?

—Pues, ¿a qué has venido? —me dijo, moviendo las cejas con picardía—. Y no me refiero solo a que es porque te morías por mis huesos. —Me sonrió—. ¿Has venido por sexo, porque buscas una aventura que te haga olvidar o...?

—Es una buena pregunta, aunque no estoy segura de tener la respuesta.

Sonrió.

—Está bien. En realidad, no me importa cuál sea la razón. Solo me alegro de que estés aquí. Entrecerré los ojos.

—¿Y por qué te alegras?

Se rio.

—No estoy seguro de tener la respuesta.

—Vaya, somos como dos gotas de agua, ¿eh? —bromeé.

Tomé un sorbo el café y le alcé una ceja.

—Vale, ya hemos hablado de mí, pero y tú, ¿estás con alguien?

—¿Yo? —Negó con la cabeza—. Soy libre como un pájaro.

—¿No tienes novia? ¿O novias? ¿No hay nadie importante en tu vida?

Volvió a negar y suspiró.

—Nunca he tenido una relación seria —dijo—. Ni una.

—¿Eres de esa clase de hombres que, primero, las ama y, después, las abandona? —Por lo que había visto en internet, Nick Patron había salido con muchas chicas, aunque con ninguna en serio.

—No, soy de los que las ama y, luego, vuelve al trabajo —comentó sonriente—. Nunca había tenido tiempo antes para eso.

—¿Antes de qué? —pregunté yo.

De pronto, me sonó el teléfono, que estaba en mi bolso, a los pies de la cama. Nick me pasó el bolso y cuando saqué el móvil, vi que era Kyle.

—Lo siento, es del trabajo. Debo contestar —le dije, echando las sábanas hacia atrás y saliendo de la cama desnuda mientras Nick chasqueaba la lengua.

Entré en el baño, cerré la puerta y cuando me senté en el inodoro, respondí a la llamada.

—¿Sí?

—Fee... oh... Fee. —Kyle estaba llorando. Llorando de verdad, no fingiendo hacerlo—. Fee, es mi madre. Ha tenido otro ataque al corazón. Dios, creen que no sobrevivirá. Por favor, ven enseguida.

—Fiona, ¿quieres que te caliente el café? —me preguntó Nick desde el otro lado de la puerta.

—No, gracias —le contesté en voz baja, cubriendo el teléfono con la mano—. Lo siento, Kyle. Ya voy para allá.

Volví al dormitorio y me vestí con rapidez. De nuevo, huía de Nick después de tener una sesión de sexo increíble con él. Esta vez, no podía evitarlo, aunque esperaba que lo entendiera. Lo encontré en la cocina, sirviéndose otra taza de café.

—Nick, lo siento, pero tengo que irme —le dije, mirándolo apesadumbrada—. Te juro que no quiero hacerlo, pero se trata de una emergencia.

Parecía decepcionado, aunque enseguida se encogió de hombros y me abrazó. Luego, me besó en la coronilla.

—Espero que no sea siempre así. Tal vez, la próxima vez que nos acostemos puedas quedarte más tiempo.

—Sí, me encantaría —le contesté, sin saber realmente qué decir. Ni siquiera estaba segura de que hubiera una próxima vez, pero aquel no era el momento para hablar de ello. Me puse de puntillas para besarle la mejilla, cogí el bolso y salí corriendo por la puerta.



Ramona Cassidy murió de un tercer ataque al corazón, este masivo, antes de que yo llegara al hospital. El médico de urgencias que la había ingresado la noche anterior se reunió conmigo en el pasillo y me dio la noticia. Grandes coágulos habían bloqueado aquellas dos arterias y, antes de que pudieran llevarla a la sala de operaciones, había muerto. No pregunté si la angioplastia le habría salvado la vida. Ambos sabíamos que, en efecto, era así, pero no había necesidad de decirlo. Estaba segura de que Edward ya se sentía bastante mal. No había que echar más sal en la herida, ni siquiera por el hecho de que su indecisión hubiera causado, inadvertidamente, la muerte de su esposa.

Abrí la puerta de la habitación de Ramona despacio, temiendo lo que me esperaba del otro lado. Ella se hallaba de espaldas en la cama, con los ojos cerrados y la boca abierta, cubierta hasta la barbilla. Edward estaba sentado en una silla al lado de la cama. Kyle se encontraba a su lado, con una mano apoyada en el hombro de su padre. Ambos lloraban de esa manera tranquila y severa de los hombres que afirmaban que nunca lloraban.

—Lo siento mucho —dije, pasando al otro lado de la cama.

Puse mi mano en la frente de Ramona. Estaba fría. Miré a Kyle y Edward. Mi suegro lloraba con las manos y la frente apoyadas en el brazo de Ramona. Kyle me miró con grandes lágrimas y sacudió la cabeza. Sentí lástima por él, incluso después de todo lo que había hecho. Cuando se me acercó con los brazos extendidos, lo tomé entre los míos y apoyé mi cabeza en su hombro. Empecé a llorar con él. Permanecimos así, sollozando, hasta que los celadores entraron para llevarse el cuerpo de Ramona.

—No puedo estar solo este fin de semana —me dijo Kyle, limpiándose la nariz y los ojos con su pañuelo de seda—. Por favor, Fee, déjame volver a casa. Quédate conmigo, solo hasta que mamá descanse.

No quería, pero no tuve corazón para decirle que no.

Una hora más tarde, iba en la parte trasera de la limusina junto a Kyle, de camino a casa. Danny O estaba en el asiento de al lado. Me sentí como si estuviera retrocediendo en el tiempo, dejando atrás mi ansiada libertad, y a mi maravilloso y nuevo amante.

## CAPÍTULO 12

**Nick**

—¿Qué tal el fin de semana? —me preguntó Jesse mientras entraba en mi oficina a las ocho de la mañana del lunes.

El pelo de Jesse estaba casi blanco ahora, aunque su cara no tenía ni una sola arruga o pliegue, aparte de los de las batallas de su juventud. Mantenía su cabello corto, de aspecto profesional, como él lo llamaba. Estaba vestido con un traje gris y una camisa negra sin cuello. Una gruesa cruz de oro colgaba de una cadena alrededor de su cuello. No se parecía en nada al tipo en sudadera que conocí en aquel bar hace diez años. Jesse se sentó en una silla frente a mi escritorio, cruzó las piernas, moviendo el pie y me sonrió.

—Mi fin de semana fue interesante —le dije, alejándome del ordenador para enfrentarme a él—. Conocí a una mujer.

—Por supuesto que sí —dijo riéndose—. ¿Cuéntame algo nuevo?

Le sonreí mientras Uma, mi secretaria, entraba con una bandeja y dos tazas de café negro. Aquel era nuestro ritual matutino: cotillear con un par de cafés en la mano antes de que empezar a trabajar. A pesar de lo ocupados que estábamos, era la única oportunidad en la que Jesse y yo podíamos estar a solas.

Jesse tomó su café de la bandeja y lo puso en el escritorio para que se enfriara.

—Vale, háblame de ella.

—Hmm, veamos; es preciosa, rubia, de ojos azules, con una bonita sonrisa.

—¿Tetas? —preguntó, poniéndose las manos en el pecho—. Sabes que soy un hombre de tetas.

Le sonreí.

—Sí, tiene tetas. Bastante bonitas, de hecho.

—Me alegro.

—¿Es eso todo en lo que pensáis? —exclamó Jenna entrando en el despacho.

Jenna era alta y delgada, de piel oscura y el pelo trenzado en rastas. Tenía una bonita sonrisa pero sus ojos podrían cortarte como un cuchillo. Traía unas cartas y una taza de café. Asentí y puso el correo en una esquina de mi escritorio.

—Buenos días —la saludé, inclinándome para colocar los dedos detrás del cuello—. ¿Hay

algo ahí interesante que tenga que mirar?

—No, pero en internet han publicado una noticia que pensé que querrías ver —me dijo, al tiempo que se sentada junto a Jesse. Abrió su iPad y buscó algo, luego lo giró hacia mí y me lo dio—. Creo que conocías a esta señora. Ella fue la que organizó la recaudación de fondos a la que fuiste el viernes por la noche.

Fruncí el ceño. Era la página web del periódico de la ciudad. El titular en negrita decía: «La empresaria y filántropa Ramona Cassidy ha muerto a los 68 años». Con el iPad en las manos y me recosté en mi silla.

—Joder...

—¿Qué pasa? —preguntó Jesse.

—Ramona Cassidy murió de un ataque al corazón el sábado —dije con el ceño fruncido—. Dios, si la vi el viernes en la gala benéfica y parecía encontrarse bien. Joder.

—¿La conocías mucho? —se interesó Jenna, tomando un sorbo de café.

Jesse respondió a su pregunta:

—Ramona y su marido son los dueños de Cassidy Event Management.

—Ella puso en marcha la primera competición que montamos hace diez años —dije, hojeando los primeros párrafos de la noticia—. Esa mujer fue un pilar fundamental para nosotros pues nos ayudó a Jesse y a mí con Patron Sports. Y ahora... ha muerto.

—Creía que Kyle Cassidy dirigía esa empresa —comentó Jenna.

—Actúa como si fuera el dueño —respondió Jesse, poniendo mala cara—. Pero, en realidad, pertenece a su padre, Edward. Quien también tiene un pie en la tumba.

—Basta —exclamé, regañándolo.

Le devolví el iPad a Jenna.

—Envía unas flores y averigua cuándo será el funeral.

Miré a Jesse y le dije:

—Deberíamos asistir.

—Sí, lo sé —concordó él con un suspiro triste—. Era una buena persona. Y la única de su familia que no se arrastraba por el suelo como una maldita serpiente.

—Cierto —añadí, inclinándome para frotarme los ojos—. No me quiero ni imaginar lo que pasará cuando Edward le entregue las riendas a Kyle. Dios sabe lo que nos costará reservar nuestros actos en la ciudad.

—Ah, otra cosa —apuntó Jenna—. Me pediste que revisara los antecedentes de una tal Fiona Cassidy, con K, que trabaja para el Fondo de Rescate de Animales del Noreste.

—¿Es la chica nueva? —preguntó su tío.

Miré a Jenna, arqueando las cejas, expectante.

—¿Y?

—No he encontrado a nadie con ese nombre en la ciudad —me explicó Jenna, deslizándose por la pantalla de su iPad—. No pude encontrar a ninguna Fiona Cassidy con K, y hablé con el director del Fondo de Rescate de Animales del Noreste y me dijo que su relaciones públicas es un tío llamado Wallace. Sin embargo...

Me devolvió el iPad con la noticia aún en pantalla.

—Ya lo he visto —le dije.

—Pero no lo has leído todo. Ve al final de la noticia.

Fruncí el ceño e hice lo que me pidió. Leí en voz alta:

—A la señora Cassidy le sobreviven su marido, Edward, y un hijo, Kyle, que está casado con... —Miré a Jenna—. Fiona Cassidy.

—Hay imágenes en la siguiente pantalla —me explicó, dirigiéndome con un dedo—. Desplácese a la izquierda.

—Sé cómo usar un puto iPad...

En la siguiente pantalla se mostraban imágenes del clan Cassidy en varios actos sociales: Ramona y Edward, junto con su único hijo Kyle y su encantadora esposa, Fiona. Fiona Cassidy.

Fiona Cassidy con K era, en realidad, Fiona Cassidy con C.

Fiona Cassidy era la esposa de Kyle Cassidy.

## CAPÍTULO 13

### Fiona

Los siguientes días pasaron rápido, a excepción de las noches que parecían prolongarse una eternidad. Kyle estaba de vuelta en casa, sus maletas permanecían apiladas en un rincón y ocupaba el dormitorio principal. Yo dormía en la habitación de invitados y me negué a que se acercara a mí después de abrazarnos y llorar juntos en el hospital. Fuimos cordiales, pero ambos sabíamos que lo nuestro había acabado. Kyle se resistió al principio, queriendo defenderse y ofrecer sus más profundas y sinceras disculpas, pero sus palabras cayeron en saco roto. Prometí quedarme con él hasta que su madre fuera enterrada. Eso sería hoy a las dos. En el momento en que Ramona estuviera bajo tierra, nuestro matrimonio, y toda pretensión de ser felices juntos, acabaría.

Como era de esperar, Edward estaba destrozado. No había comido ni dormido mucho desde la muerte de su esposa. Me preocupé por él, pero su médico, el que todavía estaba tomando el sol en Antigua cuando Ramona murió, me aseguró que Edward era fuerte y que sobreviviría al luto.

Kyle vagaba por el ático como un fantasma, en silencio, deliberadamente, sin mucho que añadir después de que le dijera que sus palabras no tenían ningún efecto en mí. Concentré mi atención en los preparativos del funeral y en responder a las llamadas de otros familiares y amigos cercanos. Sentí que había hablado con todos aquellos a los que Ramona había conocido. Ella había impactado en mucha gente. Y todos, incluyéndome a mí, la echaríamos de menos y estábamos tristes porque se había ido.

Me negué a dejar que Danny O se quedara en mi casa. Tenía su propio apartamento en la parte alta de la ciudad, así que le dije que se fuera y se quedara allí hasta que su amo le silbara.

La única persona con la que no hablé fue con Nick. No le llamé porque no tenía ni idea de qué decirle. Cuando salí de su apartamento el sábado, le dije que me iba para atender una emergencia en el trabajo. No le había llamado desde entonces ni había intentado verle. Imaginé que, a estas alturas, ya me había catalogado como una tía rara y no quería hablarme. Nuestro breve romance había terminado antes de que tuviera la oportunidad de empezar siquiera, así como cualquier posibilidad de una futura relación.

Unos minutos antes de las dos de la tarde, Edward, Kyle y yo subimos a la parte trasera de la limusina negra para ir a la iglesia del centro. Kyle insistió en dejar que Danny O nos acompañara y yo estaba demasiado cansada para discutir. Danny se subió con una sonrisa petulante en la cara y se sentó frente a mí. Sus hombros redondeados y sus gruesos brazos hacían que la chaqueta que llevaba puesta pareciera demasiado pequeña para él. Se movía de vez en cuando, sacudía la cabeza como para evitar el espasmo y me miraba para ver si lo estaba observando. Mientras, yo evitaba sus ojos mirando el pañuelo de papel que llevaba en las manos y que había convertido en una bola.

Llegamos a la iglesia y la encontramos ya llena de dolientes. Me senté en la primera fila, entre Edward y Kyle, con la cabeza baja. La ceremonia fue breve, solo las habituales tonterías religiosas sobre el círculo de la vida, una lectura del supuesto pasaje favorito bíblico de Ramona —que estaba segura de que el sacerdote había seleccionado ya que mi suegra nunca había leído la Biblia en su vida—, luego una canción que no reconocí del coro y unas pocas palabras finales del sacerdote. El organista interpretó *Amazing Grace* mientras todos salían de la iglesia por las amplias puertas delanteras, dejando paso primero a la familia.

Solo los Cassidy y los amigos cercanos fueron invitados a asistir al servicio junto a la tumba, que con suerte terminaría tan rápido como el funeral. Quería mucho a Ramona, pero estaba deseando seguir con mi vida y no podía hacerlo hasta que la enterraran. Estaba literalmente contando los minutos. Permanecer cerca de Kyle era como estar junto a una pared de hiedra venenosa: solo pensar en su tacto, o en el sonido de su voz, me producía urticaria.

Cuando el servicio de la iglesia terminó me sentí aliviada. Necesitaba aire fresco. Sentarme entre Edward y Kyle era como sentarse sobre el tornillo de un banco. Notaba su presencia aplastándome, comprimiendo mis pulmones, forzando a mi corazón a latir más fuerte para que la sangre fluyera por mis miembros. Cuando todos se pusieron de pie para salir de la iglesia, prácticamente corrí para cruzar por la puerta. Inspiré hondo mientras salía para respirar aire fresco. Dejé a Kyle y Edward en las escaleras para agradecer a la gente el que hubieran venido y caminé por la acera hacia la limusina. Cuando levanté la vista, Nick estaba allí, apoyado en el vehículo con las manos en los bolsillos.

—Oh, hola —dije, sin poder disimular la sorpresa. Me sequé las lágrimas y traté de sonreírle—. ¿Cómo estás?

Iba impecablemente vestido con un traje negro y llevaba puestas unas gafas de sol oscuras. Se quitó las gafas y puso las manos detrás de la espalda, como si tuviera miedo de dejarlas colgando libremente a los lados. Su rostro no reflejaba expresión alguna.

—Bien. ¿Y tú?

—Tan bien como se puede esperar —murmuré, mirando hacia atrás por encima del hombro. Kyle y Edward seguían dándose la mano y aceptando abrazos.

Asintió con un gesto de cabeza y miró hacia la iglesia.

—Te acompaño en el sentimiento. Ramona era una buena persona. La única Cassidy a la que no me daban ganas de estampar contra la pared. Siempre me pareció extraño que diera a luz a un cabrón como Kyle.

Pensé que la franqueza de sus palabras era demasiado dura dadas las circunstancias, pero asentí porque yo sentía lo mismo. Sabía que odiaba a Kyle pero, a pesar de sus palabras, también sabía que la rabia que le desbordaba en ese instante iba dirigida a mí.

Respiró hondo, suspiró y, luego, se volvió hacia mí.

—Así que eres Fiona Cassidy, con C, vaya, vaya... ¿Qué te parece?

—Nick, por favor, puedo explicarlo.



—No hace falta —respondió con dureza, levantando una mano—. Eres la esposa de Kyle Cassidy.

—Sí.

Se puso las gafas de sol y desvió la vista hacia otro lado, como si no pudiera soportar mirarme a los ojos.

—El mundo es un pañuelo, ¿no? Es irónico que la mujer con la que me he acostado estos últimos días sea la esposa de un hombre al que no soporto. —Movi6 la cabeza con pesar—. Lo gracioso es que, pese a que podr6a pensarse que follarte a espaldas de Kyle me proporcionaría un placer enfermizo, de alguna manera, no me produce la menor satisfacci6n. Qué raro, ¿verdad?

—Nick, por favor, déjame explicarte...

Negó con la cabeza.

—No hace falta. Fue lo que fue. Lo pasamos bien y, ahora, se ha acabado.

No pude evitar acercarme a él. Mis dedos se cerraron sobre la solapa de su chaqueta.

—Nick, por favor, no quiero que esto termine.

—¿Qué está pasando aquí? —Me volví para encontrarme a Kyle y Edward caminando hacia nosotros.

—El señor Patron solo estaba ofreciéndome sus condolencias —dije, forzando una sonrisa que duró solo unos segundos.

—Muy amable de su parte, Patron —respondió Edward, extendiendo la mano.

Nick se la estrechó e hizo el habitual comentario de «si puedo hacer algo, por favor, hágamelo saber» que todos hicieron. Kyle y Nick se miraron fijamente. Ninguno de los dos extendió su mano.

—Deberíamos irnos —dijo Kyle, y se adelantó para ponerme la mano en el brazo. Sus dedos se clavaron en mi codo y me empujaron hacia él. Golpeó la ventana de la limusina y la ventana se bajó. Danny O estaba sentado en el asiento trasero, sonriéndome. Miró a Nick y se golpeó la barbilla. Había escuchado cada palabra.

—De nuevo, mi más sentido pésame —añadió Nick, asintiendo a Edward. Ignoró a Kyle, y luego me miró—. Señora Cassidy, me alegro de verla de nuevo.

Nick se dio la vuelta y se fue. Danny salió de la limusina y sostuvo la puerta para que Edward y yo pudiéramos entrar. Kyle se detuvo un instante a su lado para que Danny le hablara al oído.

Cuando Kyle se sentó a mi lado, ya sabía la verdad. Podía sentir el calor que irradiaba de él, como un volcán a punto de entrar en erupción. Echaba humo porque yo había estado jugando a su juego: el de la infidelidad.

Y, encima, con quien me había acostado era con su peor enemigo.

Un infierno estaba a punto de desatarse.

Y sabía que ese infierno caería sobre mí.

## CAPÍTULO 14

### Nick

Jesse levantó el vaso de chupito con los dos dedos de tequila y esperó a que yo brindara con él, chocando mi vaso contra el suyo.

—Así que con la esposa de Kyle Cassidy, ¿eh? ¿Y fue justo ahí, en ese baño? Vaya, hijo, eso sí que es toda una sorpresa.

—Entonces no sabía que era la esposa de Kyle —me defendí, golpeando mi vaso contra el suyo antes de beberme el tequila de un trago. Suspiré por lo fuerte que era la bebida y me limpié los labios con los dedos. —Y sí, fue con ella. —Levanté el vaso vacío para indicarle a la camarera que nos trajera otra ronda.

—Este sitio es muy elegante —comentó Jesse, mirando por encima del hombro a los otros clientes del bar del Club Haven, en su mayoría hombres maduros trajeados que charlaban con chicas con vestidos cortos. Las parejas apropiadas, los hombres que en realidad traían a sus esposas, estaban sentados en el restaurante al otro lado del pasillo. Jesse me sonrió—. ¿Recuerdas aquel bar donde nos conocimos hace tantos años, en la Tercera? ¿Cómo se llamaba? ¿Ed's o Ted's?

—Fred's —le dije, bebiendo una cerveza fría para proseguir después con el tequila—. Se quemó hace unos cinco años, creo.

—Sí, era una mierda de sitio —dijo Jesse, sonriendo al recordar—. Sin embargo, me gustaba, estaba en mi salsa. En este bar, en cambio, me dan ganas de estirar el dedo meñique cuando tomo una copa.

Señaló con la cabeza a la puerta que había detrás de mí, los baños.

—¿Tienen a un empleado ahí dentro que te agarra la polla cuando vas a mear? ¿O que te da una toalla para limpiarte después de follarte a una mujer?

—No, pero seguro que eso podría arreglarse.

Se rio de mi ocurrencia, lo que me hizo reír a mí también, aunque no tenía ganas de hacerlo. Por eso insistí en que saliese conmigo a tomar una copa. El viejo se las arreglaba siempre para hacerme sonreír.

Estábamos sentados en el mismo reservado en el que me había sentado con Fiona una semana antes. Hacía dos días que no la veía, desde el funeral. No había sabido nada de ella y no esperaba tener noticias suyas. Fue divertido mientras duró. Aunque tenía que admitir que me jodió que ella hubiera compartido cama con Kyle Cassidy durante años, y que mi boca y mi polla

hubieran estado en un coño en el que el hijo de puta había estado antes.

—Tal vez te estaba diciendo la verdad —me dijo Jesse mientras la camarera nos ponía dos copas y dos botellas de cerveza más en la mesa.

Jesse le dio las gracias como un caballero y se giró para ver cómo se alejaba. A pesar de su edad, le gustaban las mujeres tanto como a mí, y probablemente conseguía acostarse con más tías porque no era tan quisquilloso. De hecho, me reconoció que se había tirado a todas las viudas de la iglesia a la que asistía y que, ahora, se estaba trajinando a sus hijas. ¿Entendéis por qué me hace sonreír?

Cogí la cerveza y tomé un sorbo.

—¿Decirme la verdad sobre qué?

—Quizá se divorcie de él, tal vez sí se separaron —me respondió, encogiéndose de hombros. Me miró a través de la luz de las velas—. Eso supondría una diferencia, ¿no?

—Ella me mintió, Jesse —le dije, sonando como un niño petulante. No pude evitarlo. Estaba enfadado. Y como no podía lloriquear más, aquel parecía ser el único método para desahogarme.

—Hijo, todas las mujeres mienten —exclamó con un gesto de desprecio—. Y todos los hombres también. Es lo que hacemos. Dios nos dio libre albedrío para que pudiéramos acorralarnos a nosotros mismos, y luego encontrar una salida. Eso fortalece nuestro carácter. —Se inclinó y bajó la voz—: Así que, te lo preguntaré de nuevo, si ella estuviera divorciada y no siguiera casada con ese chupollas, ¿eso supondría alguna diferencia?

—Nunca lo sabremos —dije con un suspiro. Tomé el vaso de chupito, lo hice rodar un momento y me bebí el tequila. Limpiándome la boca con el dorso de la mano, sacudí la cabeza—. Además, no quiero las sobras de Kyle Cassidy.

Jesse alzó sus cejas blancas.

—Oh, vamos. ¿No crees que estás siendo demasiado duro?

—No, estoy siendo preciso.

—Joder, lo que estás es idiota —exclamó Jesse, sacudiendo la cabeza. Me hizo un gesto con un dedo—. No puedes sentarte ahí y decirme que no disfrutaste al estar con ella. El lunes por la mañana, antes de que descubieras quién era en realidad, estabas emocionado y nunca te había visto así por una mujer. Me di cuenta enseguida de que Fiona no era un coño más. Esa mujer era diferente. Niégalo ahora todo lo que quieras pero, con ello, lo único que estás haciendo es mentirme a ti mismo y a mí.

Me llevé la botella de cerveza a los labios y di un largo trago. Luego, vi a Kyle y a Danny O'Shit entrar en el bar del club. Mi temperatura subió inmediatamente veinte grados. Sentí que enrojecía de rabia. Mis fosas nasales se abrieron para respirar. Mis dedos se apretaron alrededor del vaso de chupito.

Jesse me frunció el ceño, y siguió mi mirada.

—Bueno, hablando del diablo, ahí viene. —Me miró con conocimiento, extendió la mano a

través de la mesa y la puso en mi brazo—. Tranquilo, muchacho. No necesitamos problemas. No empezemos algo que no podamos terminar.

Jesse no era un cobarde. Al contrario, le había visto enfrentarse a hombres de la mitad de su edad y el doble de su tamaño y, aún así, salir con los nudillos magullados. Pensaba en mí y en mi salud. Cada día me despertaba con las palabras de aquel médico resonando en mi cabeza.

—Un buen golpe en la cabeza podría acabar con su vida, señor Patron. O provocarle muerte cerebral. —Vivir dentro de esos límites era fácil, excepto cuando estaba cerca de Kyle y Danny O.

Yo apretaba los puños mientras los veía caminar por el bar estrechando manos y repartiendo palmaditas en la espalda. Kyle actuaba como si fuera el dueño del lugar. Danny O le seguía, un paso por detrás, con los brazos cruzados como si estuviera protegiendo al presidente del país. Me vio mirándolos y le dio a Kyle con el codo.

—Ese hijo de puta todavía parece un gorila con traje —dijo Jesse. Golpeó sus nudillos en la mesa para llamar mi atención—. Te lo he dicho, no empieces. Tu cabeza no es tan dura como antes.

—No voy a empezar nada —exclamé. Tomé el tequila y seguí con la cerveza. Mis ojos se fijaron en la cara lasciva de Danny—. Si no me hubiera noqueado con aquel golpe bajo, ¿crees que habría ganado a Danny O?

Jesse resopló.

—Joder, claro que sí. Podrías haber ganado a todo el mundo. Pero eso fue hace mucho tiempo.

—Todavía estoy en forma —dije—. Me entreno en el gimnasio todos los días.

—Y eso es lo único que vas a hacer. —De nuevo, Jesse me puso la mano en el brazo y me dio un fuerte apretón—. ¿En qué estás pensando, chaval?

Antes de que pudiera responderle, Kyle ya se hallaba a nuestro lado con dos chupitos de tequila. Puso las bebidas sobre la mesa y luego las manos en la espalda. Danny O estaba tras él, todavía con aquella estúpida sonrisa en su cara.

—El camarero me ha dicho que necesitabas otra copa, Nick. A esta invito yo —me dijo. Entonces, miró a Jesse—. ¿Cómo estás, Jesse?

—Bien —contestó este, empujando el vaso de chupito hacia el borde de la mesa—. Pero nosotros pagamos nuestras propias consumiciones.

Kyle miró por encima del hombro a Danny, luego plantó las palmas en la mesa y ladeó la cabeza hacia mí.

—Solo quería que supieras, Nick, que Fiona y yo estamos arreglando lo nuestro. Ella se ha disculpado profusamente por su grave error y me ha rogado volver a casa.

—Bien por ti —dije, mirándolo a los ojos—. Me alegro de que haya funcionado.

—Bueno, estamos trabajando en ello —comentó Kyle—. Tan pronto como encontremos la

manera de quitar tu hedor de su coño, puede que la deje volver conmigo.

—No tientes a la suerte, muchacho —dijo Jesse.

—Jódete, viejo —gruñó Danny O.

Kyle sonrió y siguió mirándome.

—También quería decirte que si piensas volver a organizar esas malditas competiciones tuyas de MMA en mi ciudad, más vale que estés preparado para pagar un precio más alto.

—No es tu ciudad, Kyle —respondí. Tenía las manos en el regazo y apretaba tanto los puños que me empezaban a doler los nudillos.

—No, pero tengo los derechos de gestión de las principales sedes, así que es lo mismo. — Se apartó de la mesa y se cruzó de brazos—. Solo te lo recuerdo. Prepárate para pagar, maldito pedazo de mierda.

Lo miré con una sonrisa que parecía disminuir considerablemente su bravura.

—Sabes, cuando me estaba tirando a tu mujer, me dijo que mi polla era la primera de verdad que había tenido dentro de ella porque follar contigo era como intentar hacerlo con un crío de doce años.

—Eso es mentira —profirió Kyle.

Danny O dio un paso, pero su jefe extendió la mano para que no se acercara.

—También me dijo que mi polla era la primera que había tenido el placer de probar... profundamente. Por lo visto, chupártela era como chupar... —Miré a Jesse y junté el pulgar y el índice—. ¿Cómo se llaman esos diminutos pepinos?

—¿Pepinillos? —Jesse, de alguna manera, se las arregló para permanecer serio.

—Eso es —exclamé, levantando los dedos hacia Kyle—. Dijo que tu polla le recordaba a un pepinillo. —Fruñí el ceño—. Me comentó que tu polla apenas era lo suficientemente larga para mear, mucho menos para satisfacer a una mujer. No paraba de decir que le encantaba chupar mi gran polla.

—Serás hijo de puta —murmuró Kyle, aunque no hizo el menor movimiento hacia mí.

Danny estaba detrás de él, furioso. Su rostro se había tornado de un rojo intenso. Movía los hombros y flexionaba los dedos.

—Afuera, hijo de puta —gruñó Danny O—. Ahora.

Kyle dudó un momento, como si la idea de una buena y anticuada pelea de callejón fuera algo que no estaba a su nivel, aunque todos sabíamos que no sería él el que peleara.

—No lo hagas —me pidió Jesse.

—No te preocupes —le dije. Empecé a salir del reservado, pero me detuve a mirar a Kyle—. Hagamos una apuesta.

Él entrecerró los ojos.

—¿Qué clase de apuesta?

—Si noqueo a O'Shit, olvidarás todas esas tonterías de las propinas a partir de ahora. Haremos negocios como se supone que se hacen los contratos en esta ciudad. Sin extorsiones, sin precios inflados, sin esas malditas propinas.

—¿Y si Danny te noquea a ti? —Kyle contuvo la respiración y alzó las cejas—. ¿Qué obtengo yo?

—Si me noquea, pagaremos el doble de tu tarifa normal de ahora en adelante.

—¿El doble? —tarareó el muy capullo y miró a Danny.

—Hazlo, jefe —dijo este, resoplando como un toro. Me recordó a uno de esos luchadores de la televisión—. Voy a tumbar a este hijo de puta.

Kyle se volvió hacia mí y me tendió la mano.

—Señor Patron, tenemos un trato.

Me acerqué para estrechar su mano.

—Bien —respondí, saliendo del reservado. Me quité la chaqueta y se la di a Jesse—. Sujétame esto un segundo.

—Ten cuidado —me murmuró Jesse.

Kyle todavía se interponía entre Danny O y yo. Supongo que esperaba que los acompañara fuera para una ronda formal de puñetazos en el callejón. Al diablo con eso. Danny O no peleaba limpio, así que ¿por qué debería hacerlo yo?

Antes de que Kyle pudiera parpadear, le golpeé con el puño en el estómago, le dejé sin aire y se dobló por la mitad. Cuando Danny O se tambaleó instintivamente hacia adelante para evitar que su jefe se cayera, le golpeé la nariz con mi puño derecho tan fuerte como pude. El sonido de los huesos crujiendo llenó el aire y la sangre brotó de la nariz de Danny. Kyle cayó al suelo y Jesse, casualmente, puso un pie sobre la garganta de Kyle, sujetándolo. Danny O se balanceó como una boya, aturdido por el golpe. Trató de enderezarse, pero sus rodillas eran como gelatina. Trató de sacudirse la fuerza del golpe, pero no le sirvió de nada. Su nariz estaba plana contra su cara. Sus ojos, inundados de lágrimas. La sangre corría por su nariz como un dique roto.

Lo agarré de las solapas y tiré hacia mí.

—Quiero agradecerte aquel golpe bajo que terminó con mi carrera —le dije, mirando sus ojos vidriosos—. Me convertiste en un hijo de puta muy rico. Y ahora pasas tus días con la nariz tan metida en el culo de Kyle Cassidy que no puedes ni respirar. Bueno, no creo que tu nariz vaya a estar bien a partir de ahora, Danny. Y tampoco tus pelotas.

—Que... te... follen...

Sonreí y le clavé mi rodilla en los huevos. Abrió los ojos de par en par y el aire salió a borbotones de sus pulmones. Se inclinó doblemente y se agarró las pelotas. Puse una mano en su nuca y la otra en su cinturón, y lo arrojé de cabeza por la puerta del baño. Del golpe, destrozó las bisagras de la puerta y aterrizó en el pasillo, acurrucado y hecho una bola, llorando y gimiendo

como un bebé.

Kyle seguía en el suelo con el pie de Jesse en su cuello, aunque este lo apartó cuando asentí. Los clientes del bar permanecían helados en sus taburetes. Me arrodillé y levanté a Kyle por la corbata. Sus manos lucharon para liberar su garganta mientras la seda se apretaba alrededor de su cuello. Su cara se iluminó de un rojo intenso.

Le dije:

—Ahora, escúchame bien, pedazo de mierda. No habrá más propinas, ¿entiendes?

Sacaba la lengua por la boca. Estaba amordazado. Sacudió la cabeza frenéticamente. Puse mi nariz cerca de la suya.

—Dime la verdad. ¿Fiona y tú estabais separados cuando ella estuvo conmigo?

—Jó... de... te...

—Estás a unos... veinte segundos de desmayarte —dije, fingiendo mirar mi reloj—. Te lo voy a preguntar de nuevo. ¿Estabais Fiona y tú separados cuando ella estuvo conmigo?

—Sí... jo... der... sí.

—¿Y Fiona y tú habéis vuelto a estar juntos?

Sus dedos se aferraron a mi mano agarrando la corbata. Su cara era carmesí, bañada en sudor. Balbuceaba.

—No... ella... ni siquiera... me habla.

Le solté la corbata y cayó al suelo, agarrándose la garganta y tosiendo. Estaría bien. Lo peor fue el golpe que recibió su ego. Y su gorila amaestrado.

Jesse me tendió la chaqueta y me la puse.

Entonces, me dijo:

—Supongo que vas a verla.

Puse mi mano en su hombro y sonreí.

—¿No lo harías tú?

—Oh, por supuesto. Eso es exactamente lo que yo haría.



## CAPÍTULO 15

### Fiona

Estaba sentada en la cama viendo una vieja película en la televisión cuando sonó el telefonillo de la mesilla de noche. Eché un vistazo al reloj. Era casi medianoche. Levanté el aparato y presioné el botón.

—¿Sí?

—Siento molestarla tan tarde, señora Cassidy —me dijo el portero—. Pero ha llegado una entrega para usted.

—¿Una entrega? ¿A estas horas?

—Sí, señora. Un caballero le traído una caja.

—¿Qué tipo de caja?

—Eh, bueno, señora, son... donuts Krispy Kreme. ¿Debería dejarle subir?

—Sí —le contesté con una sonrisa—. Déjale subir, enseguida.



Me puse una bata sobre el camisón y me miré rápidamente en el espejo del baño. Ya me había quitado el maquillaje y mi pelo era un desastre, pero ahora no había mucho que pudiera hacer al respecto. Me lavé los dientes y me dirigí al vestíbulo justo cuando las puertas del ascensor privado se abrieron. Allí estaba Nick Patron, sosteniendo una caja de donuts y con una sonrisa en su hermoso rostro.

—¿Sabías que Krispy Kreme está abierto las 24 horas del día? —preguntó, saliendo del ascensor.

—Sí, lo sabía.

—¿Y sabías que nada dice «lo siento» como una caja de Krispy Kremes?

Sentí el aliento atrapado en mi garganta. Las lágrimas pugnaban por salir, pero las controlé. Extendí mis manos para tomar la caja, aunque él no la soltó. Le miré a los ojos y le pregunté:

—¿Y qué sientes, exactamente?

—Haber sido un idiota total —dijo, mientras sus dedos acariciaban los míos a ambos lados

de la caja—. Acabo de tener una pequeña charla con Kyle. Me dijo que ya estabais separados cuando nosotros estuvimos juntos. Dijo que lo habías echado. Siento haber creído lo contrario.

Le eché un vistazo a los nudillos de su mano derecha. Estaban raspados, como si hubiera golpeado una pared de ladrillos.

—¿Hablaste con Kyle? Oh, Dios mío, ¿le pegaste? —El pensamiento me dio ganas de sonreír. En vez de eso, me mordí el labio.

—Digamos que tuvimos una breve conversación para aclarar las cosas, pero está bien, aunque tendrá que tirar su ropa interior. Estoy seguro de que estaba completamente manchada cuando terminamos nuestra charla.

—¿Y Danny O?

Puso gesto de dolor y suspiró.

—Me temo que a Danny no le fue tan bien como a Kyle. Aunque se recuperará, en cuanto su nariz y sus pelotas se curen, claro.

—Oh, Dios —dije, riéndome. Tiré de la caja—. Entonces, ¿qué significa esto?

Alzó y dejó caer los hombros.

—Esto significa que me gustas mucho, Fiona, y espero que a ti también te guste estar conmigo. —Me miró fijamente a los ojos—. Me encantaría pasar más tiempo contigo. Sin ataduras, sin horarios, sin expectativas. Solo como dos personas que pasan su tiempo juntas para ver a dónde llegan las cosas.

—Eso me gustaría mucho —le dije, arrancándole la caja de las manos. Abrí la tapa para mirar dentro—. Hmm, hay seis rellenos de crema y seis glaseados. —Le sonreí—. Hay algo muy sexy en la crema y el glaseado.

—Desde luego que lo hay —me respondió, acercándose lo suficiente para presionar sus labios contra los míos—. ¿Sabes otra cosa genial de los Krispy Kreme?

—No, ¿qué?

—Que se mantendrán bien en la nevera hasta mañana.

Cerré los ojos y dejé que su lengua se deslizara dentro de mi boca, luego me aparté y lo cogí por la corbata. Lo arrastré hacia la cocina.

—Vamos.

—¿Adónde?

—Voy a poner esto en la nevera, y luego dejaré que te disculpes de verdad.



Nick se colocó encima de mí. Abrí las piernas para que pudiera frotar su larga y dura polla

contra mi coño mojado. Se apoyó en sus codos para besarme mientras mis manos le rodeaban para agarrarme a sus nalgas. Movi6 sus caderas hacia adelante y hacia atr6s, deslizando todo el largo de su eje contra m6. Cada vez que se deslizaba sobre mi cl6toris, me atravesaba un escalofr6o por todo el cuerpo.

—Te he echado de menos —murmur6, con sus labios sobre los m6os.

—Demuéstramelo —dije, suspirando en su boca—. F6llame.

—Con mucho gusto.

Nick arque6 la espalda y yo guie la cabeza de su polla hacia mi cavidad. La gir6 para lubricarla y, luego, la solté. Mis manos volvieron a su culo, tirando de 6l hacia m6.

Nick se desliz6 despacio, poco a poco, hasta que ya no cab6a m6s. Pod6a sentir mi coño estirarse para acomodarlo. Fue maravillosamente doloroso por un instante, y luego simplemente maravilloso.

Mord6 el hombro de Nick mientras empezaba a deslizar su polla dentro y fuera, dentro y fuera, dentro y fuera. Cada nervio de mi cuerpo se tens6 mientras me llenaba. Uni6 sus labios con los m6os. Mis manos se acercaron a su pecho. Sus pezones eran como peque6os guijarros duros. Los apret6 hasta que gimi6.

—Joder... tan fuerte...

—Tan grande... —susurr6, sonriéndole.

Sent6 que el calor se convert6a en un fuego dentro de mi coño. El fuego se convirti6 en un infierno mientras el orgasmo se construy6 para liberarse.

—Dios... Nick... me corro...

Arque6 la espalda y Nick aceler6 sus empujones. La cama se sacudi6 y el cabecero se golpe6 contra la pared.

—Joder... —gimi6 Nick.

Abr6 los ojos para verle correrse. Los m6sculos de sus hombros, pecho y brazos se hincharon. Apret6 los ojos y los dientes. Empuj6 su polla m6s dentro de m6 y explot6, llen6ndome de su semilla. Sostuvo su polla dentro de m6 un momento, y luego su cuerpo se relaj6. Abri6 los ojos y sonri6.

—Ahora est6s llena de crema —dijo.

—Y t6, cubierto de mi dulzura.

Entonces, me bes6. Ambos suspiramos al mismo tiempo.

—Lo siento —murmur6, presionando su frente contra la m6a.

Y yo le susurr6 al o6do:

—Disculpas aceptadas. Ahora, c6llate y b6same.

## EPÍLOGO

### Fiona

Unos meses más tarde, Nick y yo celebramos mi divorcio de Kyle con unas vacaciones de dos semanas en Bali. Volamos en su jet privado y nos quedamos en una apartada casa de la playa que pertenecía a un amigo de Nick. La casa estaba justo en la playa, separada de las aguas más claras y azules que jamás había visto por veinte metros de arena blanca prístina. El lugar estaba tan aislado que no teníamos que preocuparnos por los trajes de baño o la ropa. Era como ser Adán y Eva en nuestro propio Edén privado.

Habíamos estado allí unos días cuando Nick recibió una llamada de su asistente, Jenna. Salió a la terraza donde me senté a beber un Mai Tai, viendo la puesta de sol. Me dio su iPad.

—¿Qué es esto? —pregunté, poniendo mi bebida en la pequeña mesa de cristal que había entre nuestras sillas.

—Noticias de tu ex —me dijo con una sonrisa de satisfacción. Se sentó en la tumbona y recogió su bebida. Con un gesto de cabeza me señaló el iPad—. Lee.

—Veamos... el empresario Kyle Cassidy, consejero delegado de Cassidy Event Management... bla, bla, bla... Oh, Dios mío... ¿Arrestado por evasión de impuestos y fraude relacionado con contratos municipales? —Miré a Nick con la boca abierta—. ¿En serio? Vaya, le han pillado. ¿Tuviste algo que ver con esto?

Nick sonrió sin responder a mi pregunta. Estiró sus largas piernas y suspiró.

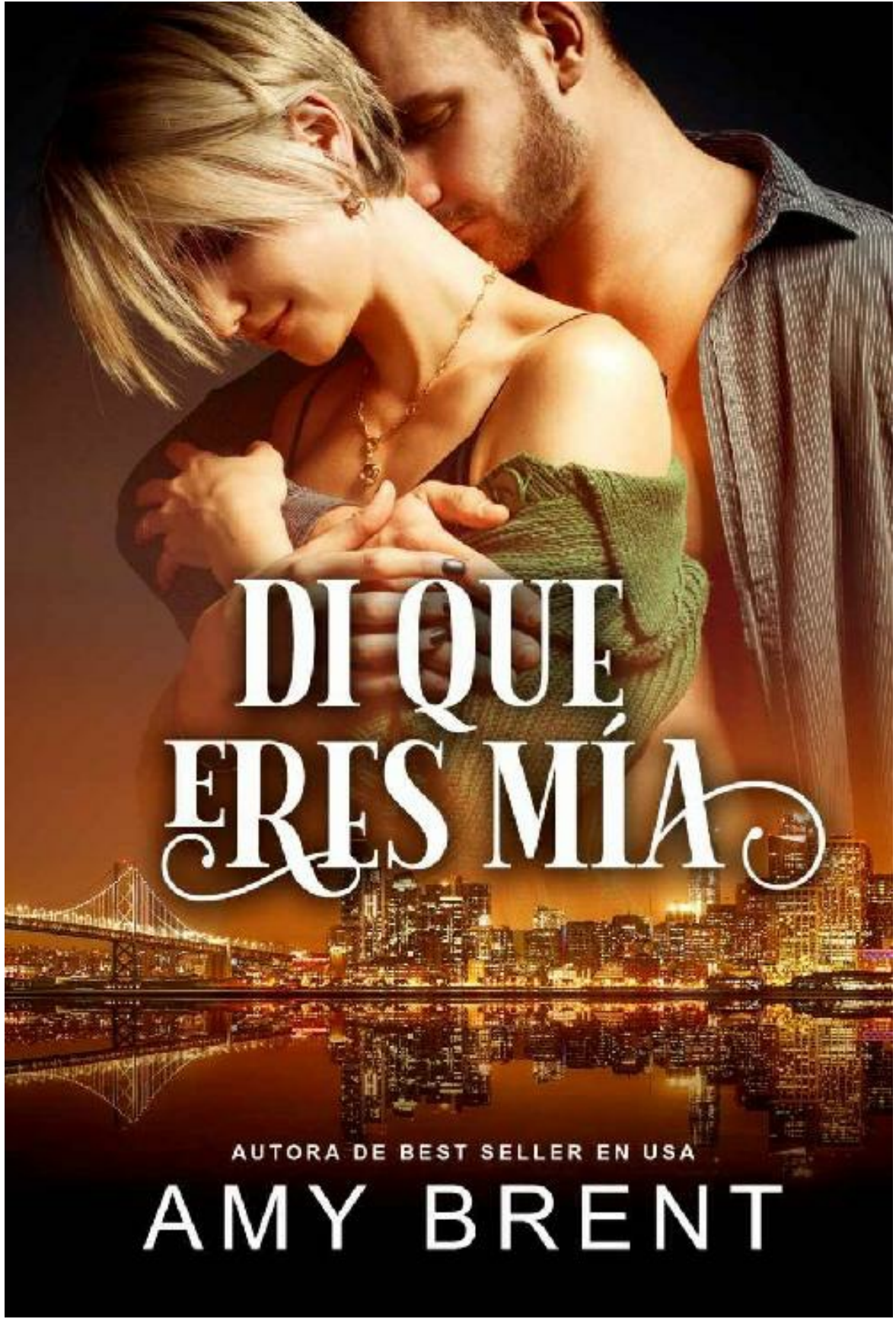
—Seguro que su abogado lo sacará pagando una multa considerable, pero estará fuera de la dirección de la empresa. Supongo que la compañía cerrará ya que les están retirando todos los contratos.

—Vaya, lo siento por Edward —exclamé—. Pero no por Kyle.

—A veces, la gente tiene lo que se merece —dijo, sosteniendo su copa para que yo pudiera brindar con la mía—. Y si no, míranos a nosotros.

—Sí —dije, contemplando su cuerpo desnudo—. Míranos.

Si te ha gustado este libro también te gustará



DI QUE  
ERES MÍA

AUTORA DE BEST SELLER EN USA

AMY BRENT

# DI QUE ERES MÍA

## **Wesley**

Amo a mi esposa.

Tras años de matrimonio tenemos los problemas típicos que tiene cada pareja. Problemas de dinero, falta de sueño a causa de los niños pequeños...

Y con el tiempo dejé de demostrarle que la quería.

Pero si Nessa piensa que la voy a dejar ir sin pelear... está muy equivocada.

## **Vanessa**

Extraño a mi esposo.

Wesley no es el mismo hombre que cuando me casé con él.

Nos hemos distanciado. Y eso está rompiendo nuestra relación.

Siento como si todo se estuviera desmoronando a mí alrededor hasta que aparece él.

Luke, mi guapo compañero de trabajo, que me escucha y me invita a tomar algo y...

... bueno, las cosas se complican un poco.







*Matrimonio  
de conveniencia*

SERIE LOS HERMANOS RAVEN

**KATY KAYLEE**

# Matrimonio de conveniencia

Ambos sonreímos y bebimos de nuestras copas. El mundo era perfecto ahora que estábamos juntos.

Ella va a ser mi todo. Mi esposa y la madre de mi hijo.

Pero sobre todo la razón por la que recibo mi parte de la herencia de un billón de dólares.

¿El problema?

Es todo FALSO.

Sara me tomó por sorpresa y he acabado cautivado por ella.

Contratarla para el trabajo fue una mala idea.

Porque lo falso se ha convertido en real.

¡Y lo real es una locura!

Mi inocente mujercita tiene un gran y oscuro secreto.

¿Será demasiado tarde para deshacer el desastre que hemos creado?





**a Cita**  
**CIEGAS,**  
¡con el **enemigo!**

**BRENDA FORD**

# a Cita CIEGAS, ¡con el enemigo!

Tengo todo lo que podría querer en la vida, todo el dinero del mundo, todo lo que siempre he deseado, y mujeres que se lanzan sobre mí. Me lo merezco también porque he trabajado duro para llegar a la cima.

Sólo hay una cosa que parece que no puedo hacer que funcione para mí y es el amor verdadero. No puedo hacer que nada dure, por lo que una cita a ciegas de caridad no parece la peor idea del mundo...

Hasta que me dé cuenta de quién es mi cita. Mi rival y enemigo de negocios. Ella es tan caliente como despiadada, así que no hay forma de que esto termine bien...





AUTORA DE BEST SELLER EN USA

STEPHIE WALLS

# UN ARDUO CAMINO

ROMANCE EN UN PEQUEÑO PUEBLO DE TEXAS

# UN ARDUO CAMINO

ROMANCE EN UN PEQUEÑO  
PUEBLO DE TEXAS

**Por fin llega la conmovedora historia de Miranda y Austin.**

Me enamoré de Austin incluso antes de saber lo que significaba la palabra amor.

Miranda fue la única chica que tuvo la oportunidad de ser la dueña de mi corazón.

Ambos crecimos juntos en Mason Belle, Texas, sabiendo que siempre permaneceríamos unidos. Y luego todo acabo.

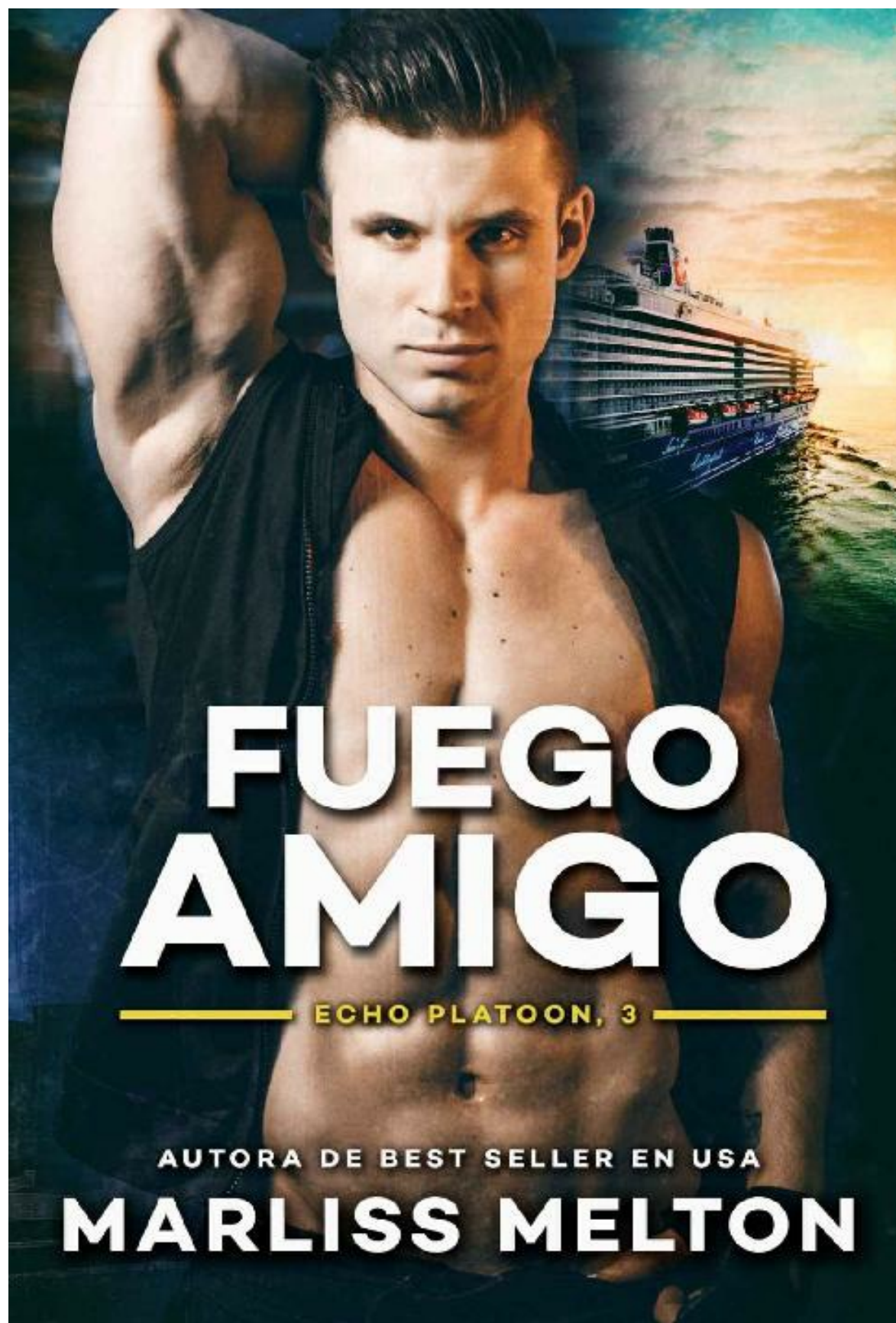
El destino nos separó por seis largos años, pero ahora ella ha regresado.

Miranda quiere volver a escapar de mí. Pero esta vez, me niego a dejarla marchar.

\*Esta novela cuenta la historia de Miranda y Austin que aparecen en Un camino por recorrer. Se puede leer de forma independiente, aunque se recomienda su lectura tras el anterior libro.







# FUEGO AMIGO

ECHO PLATOON, 3

AUTORA DE BEST SELLER EN USA

**MARLISS MELTON**

# FUEGO AMIGO

— ECHO PLATOON, 3 —

De vacaciones en un crucero con destino a México, el Navy SEAL Jeremiah "Bullfrog" Winters se encuentra con Emma Albright, la única mujer que alguna vez amó... y perdió.

A pesar de enseñar Literatura romántica en la Universidad George Mason, la vida le demostró a Emma que no existe el amor eterno. Decidida a disfrutar de sus merecidas vacaciones, Emma hará todo lo posible por ignorar al único hombre que la cautivó en el pasado.

Pero volver a despertar las pasiones de Emma se convierte en la misión de Jeremiah, hasta que en una excursión por las ruinas mayas de Tulum los pone en peligro. Ahora, el amor puede ser la única arma lo suficientemente poderosa como para salvarlos a ambos, si Emma es capaz de volver a creer en él.



Lee **GRATIS** los libros de Grupo Romance Editorial

<https://www.gruporomanceeditorial.com/>

Solo tienes que enviarnos un correo electrónico y hacer una reseña en Amazon del libro que leas.

**¡Te animas!**